La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 12 DE ENERO DE 1891 — NÚM. 472

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VIRGEN EN ADORACIÓN, cuadro de Carlos Cignani

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

Terminó el año con una cuestión metafísica y de moral, que pasa desde las escuelas á los tribunales, desde los tribunales á los periódicos, desde los periódicos á las conversaciones públicas y privadas: la cuestión del humano albedrío. Su intrínseca substancia y su inmensa trascendencia se comprenden á una con sólo considerar que las palabras libre y siervo arbitrio dividieron la Europa culta en dos bandos, los cuales, desde las guerras de Religión hasta la paz de Westfalia, incendiaron por espacio de doscientos años nuestros hogares, pasaron á cuchillo varias generaciones cual si nacieran sin derecho á la vida, y yermaron las campiñas centrales del continente, parecidas por los estragos del hierro y del fuego á páramos cubiertos de pavesas y de cenizas. Si nuestras acciones nos atañen ó no; si dependen ó no de nuestra voluntad; si las dirige ó no nuestra conciencia; si traen ó no aparejadas las responsabilidades morales y sociales consiguientes á todo acto personal, pavorosos problemas, como que de darles opuestas y contradictorias soluciones, en término postrero se cambian todos los códigos reguladores de nuestra vida y se alteran todos los primeros principios del derecho humano. ¡Ah! No puede negarse, no; seres materiales, nos hallamos, en cuanto á la materia que nos compone, sujetos á las afinidades químicas de las moléculas y á las atracciones mecánicas de las moles. No puede negarse: á la fatalidad química y á la fatalidad mecánica se une la fatalidad fisiológica. Imposible impedir que nuestra vida sea una combustión, y nuestros pulmones una fragua, y nuestro corazón una bomba, y nuestro hígado un segregador, así de hiel como de azúcar, y nuestra sangre un compuesto idéntico al que circula por las venas del buey ó del carnero. De aquí la devoción literaria y científica despertada en todos los siglos por los héroes víctimas del destino y de la fatalidad. El Prometeo encadenado á las puertas de Asia, el Job semita sobre su estercolero, el Edipo ciego por las encrucijadas de Tebas y por los valles de Colonna, el Hámlet circuído de un perpetuo misterio, el iluso y engañadísimo Segismundo, el criminal inocente D. Alvaro nos interesan en el poema y en el teatro, porque á nuestra vista evocan y á nuestra memoria recuerdan el montón de cadenas, cuyo peso nos abruma y cuyos eslabones llegan desde las plantas del pie hasta los astros del abismo. El cometa lejano, de órbita incalculable, casi fugado á la gravitación universal, influye sobre nuestros órganos. Aviva el astro de las noches nuestras mareas, como nuestros deseos los ojos de la mujer amada. Miran las agujas imanadas al polo y las vírgenes amantes al prometido. Los matices de la luz fracta en el prisma se corresponden con las notas arrancadas por el músico á su lira. La luz es calor, el calor electricidad, la electricidad magnetismo, el magnetismo vida, la vida pasión, la pasión amor, el amor fatal, porque sin sus afinidades y aproximaciones y correspondencias y armonías las especies habrían en el mundo fisiológico y orgánico de acabarse y extinguirse para siempre. Así los unos cuerpos influyen sobre los otros cuerpos, los unos seres sobre los otros seres. Acercad vuestros dedos á la humilde planta que llamamos sensitiva, y veréis cómo se pliegan sus hojas al tacto. Presentad á esas nerviosas mujeres, denominadas por un naturalista inmortal sensitivas con alma, cualquier cristal electrizado, y las veréis moverse como los átomos atraídos por los ámbares. El éxtasis de los místicos, el agoreo de la sibila, el clamor de los oráculos, el milagro de los sacerdotes en las aras litúrgicas, el baile religioso de las bayaderas indias alrededor de sus divinidades, la dominación ejercida sobre las serpientes por el fascinador egipcio resuélvense á una en fluidos magnéticos que despiden los ojos como el éter moléculas de luz y como los nervios chispas de verdadera electricidad. Atracciones y repulsiones rigen la mecánica celeste, acciones y reacciones las fuerzas químicas, aspiración y espiración los pulmones, sístole y diástole el corazón, sangre venosa y arterial el cuerpo, electricidad positiva y electricidad negativa el magnetismo universal, simpatías y antipatías el magnetismo humano. Así es inútil negar que las leyes de las moléculas y de las moles, el conjunto de fuerzas mecánicas y de fuerzas físicas impulsoras del movimiento y generadoras de la vida imperan sobre nosotros con positivo y absoluto imperio.

II

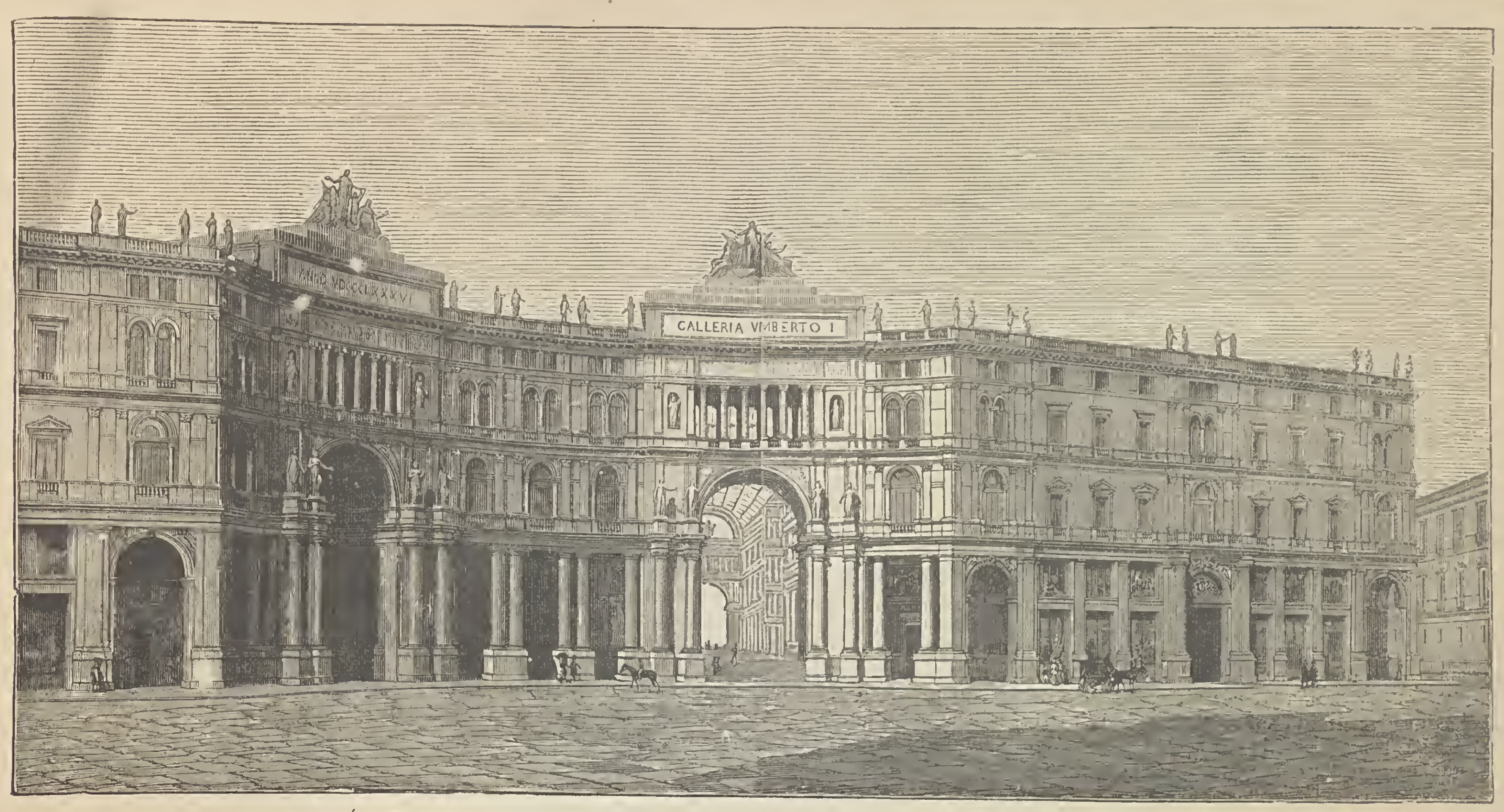
Mas sin desconocer que nuestras fuerzas de la fuerza universal descienden, que nuestra vida en el calor solar nace, que del oxígeno encendido por la combustión cósmica brota todo aquel necesitado por nuestro pecho para su respiración, hemos de convenir en que somos también un universo espiritual, quien posee una razón ó éter, una conciencia ó sol, una voluntad ó motor completamente nuestros; y por nuestros, humanos; y por humanos, libres; cuya virtud al mismo tiempo que hace del hombre una entidad, un ser en sí, lo sujeta fuertemente á tremendas responsabilidades morales y sociales. Responderán los músculos al impulso de la mecánica celeste; pero también al impulso de la humana voluntad. Los nervios vibrarán al choque tremendo con el rayo de los cielos; pero también al áureo plectro de nuestra interna sensibilidad. Los instintos brutales y los efectos fisiológicos se podrán enseñorear de nuestros humores; pero levantaráse sobre sus caracteres materiales el disco invisible de la conciencia y dominará sus más inconscientes impulsos la enérgica propia voluntad. No conozco emoción sobre la cual deje de tener imperio un mandato verdadero de nuestro ser interior. En una gran parte causamos nosotros mismos nuestra vida. En la mayor parte de los casos escoge nuestra voluntad entre el mal y el bien por sí misma, según determinaciones originadas en motivos espirituales é internos. El que una parte de nuestros movimientos resulten fatales por provenir de los factores físicos y fisiológicos inaccesibles á la jurisdicción y soberanía del espíritu, no quiere decir que dejen de levantarse á una sobre todos estos muchísimos verdaderamente morales, iluminados por el rayo de nuestra conciencia y cumplidos al soberano impulso de nuestra voluntad. No podéis conseguir crea yo aquello que no quiero creer, piense aquello que no quiero pensar, ame aquello que no quiero amar, haga en lo dependiente de mi albedrío aquello que no quiero hacer; por todo lo cual me siento libre, y como libre respondo de todo aquello que resulte obra mía consciente, deliberada, voluntaria, como entidad moral que Dios me ha creado, entidad perdurable allende nuestra vida mortal y terrena. Un dominio tan grande poseo sobre mí propio, que mientras los demás animales no suelen matarse ó se matan con raras excepciones muy buscadas por los deterministas, pero muy poco persuasivas y faltas de la universalidad indispensable á constituir una ley, el hombre se despoja de la vida en el pleno goce de sus facultades psíquicas, con toda su libertad y toda su conciencia. ¿Queréis otra demostración superior al suicidio de que os poseéis á vosotros mismos y de vosotros mismos también os enseñoreáis hasta destruiros, como pudierais destruir cualquier objeto que os perteneciera en plena propiedad? Así como dicen los fisiólogos que nuestros nervios ópticos enderezan unos los objetos invertidos en otros, podemos decir que si nuestros bajos instintos nos tientan presentándonos como bueno, por agradable y seductor, lo malo, se levanta la conciencia sobre tan mentadas y engañosas sugestiones de nuestra parte animal, y brillando como una grande antorcha ilumina con su éter y mueve con su calor la voluntad hasta dirigirla por completo al bien y á su pleno cumplimiento en la vida.

III

Diserto así porque me hallo frente á una escuela que, no queriendo reconocer cuanto hay de libre y moral en el género humano, borra sin escrúpulo á un mismo tiempo el crimen y la virtud, tomándolos, ó bien por un resultado indefectible de cada complexión, ó bien por ineluctables sugestiones de algún extraño agente. Y si esta escuela se detuviera en las cátedras ó en los libros, vaya en gracia; la combatiríamos como un sofisma; pero subiendo á los tribunales y penetrando en los códigos, hay que desarraigarla como el mal. Uno de los crímenes más vulgares que pueden perpetrarse por el hombre, se perpetró un día en París. Cierta muchacha perdida, la Bompard, sedujo á un desdichado notario, Gouffee; y para robarlo, de acuerdo con su amante verdadero y oficial, Eyraud, ahorcó al amante de un día con cordeles, y luego metió su cuerpo inerte dentro de una maleta y lo expidió á Lyón. Pues bien: esta cruel asesina, de conciencia opaca y de voluntad perversa, porque tiene así en su breve cuerpo y en sus múltiples nervios como aspecto de avecilla ligera, se ha defendido pretextando una sugestión de su amante oficial, y ha conseguido, no sólo que la defensa llegase al caso de aducir tal patraña, sino que abriese una especie de información jurídica y otra especie de certamen científico el tribunal de derecho, y que los jueces de hecho, los jurados, tuvieran tanta lenidad que la castigaran á sólo veinte años de galera, cuando merecía por todos sus actos consecutivos y consuetudinarios tal furia la última pena. Imposible decir con qué cruel insistencia una escuela jurídica llamada de Nancy ha peleado contra la conciencia, contra la voluntad, contra el interno albedrío, contra todo aquello que nos eleva por su grandeza indudable á la sublime categoría de hombres y hace á nuestro espíritu como el mediador necesario entre la tierra y el cielo. ¡Eyraud, condenado á muerte porque diz hipnotizó y sugestionó á Gabriela; mientras la más criminal, viva y dentro de poco libre por creerla instrumento de ajena voluntad! Tal precedente conduce á muy profundos abismos. Dentro de poco veránse sueltos los asesinos, mientras ahorcados los inocentes, si aquéllos aducen haber procedido por cualquier ajena sugestión y pueden cohonestarla con más ó menos fundado pretexto neurótico. Esto sí que parecen aquellas estampas, con cuyas figurillas polícromas jugábamos de niño, que tituladas «El mundo al revés» nos ofrecían los peces tirando de los coches por los empedrados y las mulas discurriendo herradas y todo por los mares. Entre los puntos de analogía que hay del cesarismo alemán moderno con el cesarismo romano antiguo, encuéntrase la boga que alcanzó ayer en el uno y alcanza hoy en el otro la teoría materialista. Y entre lo mucho malo que ha hecho la Italia contemporánea en sus imitaciones germánicas, nada tanto como este traslado y transporte del materialismo filosófico al derecho y á la responsabilidad penales. Nuestra razón pura no podrá demostrar con argumentos matemáticos de una evidencia irrefragable la libertad moral; pero como sin ella el género humano se destruiría y la sociedad también y la moral y el derecho, no hay sino admitirla y proclamarla como una verdad evidente.

IV

¡Y que acostumbran los innovadores á pararse alguna vez en escrúpulos de monja! Un cierzo de la estepa cruza por las tierras de Occidente. Y así como el glacial soplo suyo hiela el individualismo, destruye su consecuencia más inmediata, la propiedad. Todos los colectivistas y todos los anarquistas, ululantes hoy por los clubs, provienen de Rusia. Mal regalo, peor que un reuma ó cualquier otro achaque proveniente de la humedad ó del frío, mal regalo ese retroceso barbarísimo á las tribus primitivas, que forman hoy un haz de Imperio allí con sus mujichs y sus popes y sus espías merced al despotismo. Pero si calamitosa resulta en la economía social esta plaga egipcia del colectivismo, aun resulta peor la filosofía pesimista puesta por Tolstoi en romance ó novela. No puedo negar, ni quiero, la extravagante grandeza del original escritor. Pero en mis adentros, créolo rematadamente loco. Baste recordar cómo, siendo noble y potentado, se ha metido á zapatero, para recluirlo en cualquier manicomio. Baste añadir que predica el suicidio y aniquilamiento de la humanidad como la cosa más natural del mundo, para corroboración del anterior aserto. Aun comprendo en Filo-



GALERÍA UMBERTO I, RECIENTEMENTE INAUGURADA EN NÁPOLES, obra del arquitecto Ernesto di Mauro

sofía ese nirvana connatural con cierto análisis que, á fuerza de ir escalpelando á la humanidad, concluye por convertirla en misérrimo esqueleto, al cual no le conviene vivir Pero la nirvana en el arte, allá en las cumbres olímpicas de los dioses, en los montes Parnasos de las Musas, en el cielo que sólo inspira intuiciones y sólo admite arquetipos y prototipos eternos, está como los demonios de todos los infiernos en cazos de agua bendita. Una sociedad tropical, como la India, puede producir en sus excesos de vida, tan cercanos á la muerte y al aniquilamiento, esa religión de la nirvana, especie de hatchis destinado á procurarnos un eterno sueño gozoso. Pero echar tal bomba la mano de Schopenhauer para que la recoja en su aislada escuela y doctrina la mano de Tolstoi, metiéndola por todos los hogares, á riesgo de que salten, paréceme una temeridad sólo explicable por la demencia. El bello é interesante libro de este último, *La Sonata á Kreutzer*, trata el amor de abominable y lo pone por bajo de la digestión y de todas las funciones fisiológicas á la digestión consiguientes. Así, cometiendo una especie de calaverada brutal á lo Orígenes, truena contra el matrimonio y la familia, fundado, según sus textos, en que los cree por Cristo á la continua conspuidos é inapelablemente condenados. Mas como á sus propios cegados ojos en seguida salte la observación de que habría el mundo entero de acabarse así, encógese de hombros con indiferencia, y exclama implacable con gravedad: «Pues que se acabe.» ¿Hay cosa tan detestable como este planeta nuestro en el universo? Miren qué precioso don la humana vida. Como se cogen tantas flores del nacer al morir, hay para detenerse aquí en edén semejante y llamar á otros anegándolos, no en este valle de lágrimas, en este océano de lodo. Los gobiernos han tomado tal miedo á semejante libro, que, según el editor francés dice á la cabeza de su traducción, hasta los Estados Unidos lo prohiben. Declaro que sin tal reclamo, puesto en la portada, yo nunca lo hubiera leído.

V

En verdad que debemos preferir á todos estos histerismos de las letras contemporáneas la salud y robustez de alma y cuerpo contenidas en las obras del Renacimiento, análogas, por lo externo, á las helénicas, y en lo interno animadas por el espíritu de Cristo y de Platón. Así me regocija y arroba el volumen último de Muntz que la casa editorial de Hachette ha publicado en estas Navidades bajo el título esplendoroso de *Renacimiento* Lo declaro: cuando he ido á Florencia he puesto empeño en pasear por los nuevos jardines de Academo, todavía floridos como bajo la República de los Médicis, y en ceñir mentalmente bajo las hayas ungidas por tantos recuerdos platónicos guirnaldas de laureles sobre los bustos, que aún relucen, de quien escribió diálogos como el *Banquete* y el *Fedón*, en cuyas ideas comulgaran eternamente los espíritus más puros y más enamorados de las idealidades divinas. Y he creído ver sobre los lechos de pámpanos amontonados en el otoño por las vendimias, con copas de hidro-miel en las manos, convergidas las miradas á los rayos del sol y las conciencias á los efluvios del alma, los sumos sacerdotes de aquella Pascua espiritual del siglo XV, sacudiendo las cenizas de todo lo contingente, bajo cuyos átomos no pueden volar las ideas, y subiendo á los cielos por las escalas del pensamiento en pos de aquella contemplación del Eterno y de aquellos eternales arquetipos, en que se modelan como en su plan y en su ideal todos los mundos. Así entendían que la hermosura no está ni en tal paisaje del mar ó del campo, ni en cual obra del arte, sino en sí misma, como una esencia misteriosísima; y que no está el bien tampoco en tal acción ó en tal virtud, sino en sí fundamentalmente, y que todo cuanto en sí ó por sí es, por propia virtud, al cabo está en Dios y de Dios toma su verdadera substancia. Todas estas ideas, en vez de conducirnos al aniquilamiento del alma, nos conducen á su inmortalidad. Puesto que tenemos dentro de nosotros mismos un ser espiritual capaz de concebir la idea y una idea capaz de abrazar lo infinito, no temamos que la nota dormida en el arpa de nuestros sentimientos, ni la llama guardada en el barro de nuestros huesos, ni el aroma consubstancial á nuestra vida se pierdan como fugaz nube; al contrario, volverán á su esencia y substancia, como los rayos luminosos que por el crepúsculo matutino vienen del sol, vuelven al sol en el crepúsculo vespertino, por ser divina emanación de aquel su fulgurante disco. Si á un platónico del Renacimiento le hubierais asegurado que no había espíritu en el cuerpo y Dios en el espacio, volviéraos las espaldas con desdén; y si le hubierais pedido la demostración de sus dogmas, probáraos cómo tales dogmas no se demuestran, cual en matemáticas, en esas ciencias de la exactitud, no pueden demostrarse aquellos apotegmas que constituyen su fundamento, los postulados primeros del inmortal Euclides. Y esta idealidad compadecíase por completo en ellos con el culto y devoción á la Naturaleza, con la realidad viviente. Diríase que habían todos nacido en aquellos islotes perfumados por los aromas del cedro, á cuya sombra creciera Homero en el ingreso de las grutas, marinas y campestres á un tiempo, habitadas por Calipso. Sus almas, según lo tiernas, debieron asistir á la más hermosa edad helénica, en que los dioses alegremente surgían de las ondas; y según lo sublimes, á la época en que los titanes luchaban con el Olimpo, estremeciendo desde el Elíseo hasta el Averno y arrojando rocas al mar, cuyas aguas escupían á los cielos. Hablaban los genios del Renacimiento cual en Grecia cuando los jóvenes, enardecidos por los hexámetros de Tirteo, iban á morir con la sonrisa en los labios y la tranquilidad en el pecho por su libertad y por su patria. Así la diosa del amor los visitaba en su áureo carro, de que iban tirando blancas palomas, é imprimía en sus labios y en su frente besos creadores parecidos á los que llevaban las estatuas de Fidias, las tragedias de Sófocles, las arengas de Pericles, las conversaciones de Platón. Así las abejas de los lentiscos del Atica depositaron las mieles helenas en sus labios y las cigarras de los olivares de Minerva las ideas platónicas en sus conciencias. Por tal razón alzaron el mundo y el cielo de todas las artes con tal esplendor, que, á un tiempo, en aquella Pascua resucitaba Cristo bajo la bóveda de las catedrales, resucitaba Grecia sobre las ruinas de Roma, resucitaba la India en los mares de Oriente casi olvidada por los siglos, resucitaba en los mares de Occidente América; y con la invención de nuestro hemisferio austral se henchía de astros nuevos el espacio, y con el segundo advenimiento de Platón llenábase de nuevas ideas el espíritu, surgiendo á un tiempo la estatua ungida por tantos recuerdos en los escombros para completar la historia de lo pasado, y el indio lleno de vida por las costas para decirnos cómo surgía un continente aparejado y apercibido á implantar en su seno la sociedad regenerada de lo porvenir.

VI

Pero volviendo á nuestra crónica, no la completaríamos de ningún modo si omitiéramos y olvidáramos el drama último de nuestro eximio Echegaray. Verdaderamente asombra la suma de facultades con que Naturaleza dotara, en hora de prodigalidad, á este su hijo predilecto. Necesítase ascender á los tiempos de Vinci para encontrar una serie tal de múltiples y extraordinarias aptitudes. Matemático, hacendista, ingeniero, poeta, orador, Echegaray no tiene su igual. Con Goethe puede comparársele por haber escrito éste, no sólo poemas y tragedias y dramas y odas y romances y viajes, tratados muy sabios, y hasta con verdaderas innovaciones, de Física matemática y de Historia natural. En poesía dramática puede asegurarse que reina Echegaray enteramente solo sobre su tiempo; y no veo quien lo emule y con el compita en extrañas tierras. A pesar de todo esto, el drama último, con un acto primero de mérito excepcional, no ha encontrado en el público aquella unánime acogida que otros dramas suyos. A la verdad, y sin pasión, después de haber mucho reflexionado sobre tal materia, yo inflijo la responsabilidad completa de lo que pasó á flaqueza del desempeño. Tenemos dramas excelentes. Nación de aventuras la nuestra, buscamos en el teatro recreo consonante con la índole natural española y con los ministerios históricos nuestros. La poesía, la elocuencia, la pintura no morirán en España. Desde que las tablas de la Edad media se animan en los monasterios hasta que la técnica del arte consigue los perfeccionamientos contemporáneos, nuestros anales inscriben con áureo cincel en los templos de la gloria desde un apellido como el de Berruguete hasta un apellido

como el de Fortuny. Lo mismo nos pasa en el teatro, lo mismo. Tienen los extraños que traducir desde nuestro *Cid* hasta nuestro *Don Alvaro*. La dinastía, presidida por Lope, acaso no llegue á extinguirse jamás en la tierra clásica del drama romántico. Pero ¡ay! que nos van faltando actores. Y esta falta de actores destruye poco á poco el cultivo de la mejor pagada entre todas nuestras artes literarias, el cultivo de la poesía dramática. Tenemos á la cabeza de todas nuestras actrices María Tubau; pero ella misma y las que puedan seguirle, así en mérito propio como en público favor, andan solas por teatros completamente faltos de verdaderas colectivas compañías. Lo mismo sucede con los actores: Vico solo y errante, Ricardo Calvo solo, Mario solo ¿qué pueden hacer? Muy apasionado yo en política, nunca jamás hablé con Sartorius; pero detestando su gobierno, admiré una obra imperecedera suya, el Teatro Español, donde reunió con Matilde y Teodora y Bárbara, Valero y Romea y Arjona. Yo soy tan viejo, tres años me faltan para sesentón, que á Guzmán y á Latorre oí. Eran todos los mentados maravillas en su género. Mas había entonces mayor unidad en los actores que ahora; todos cuantos se parecían se acercaban, importándoles sobre sus intereses y sus renombres propios el interés y el renombre de los dramas que hacían. Yo comprendo por qué Tamayo, nacido en las antiguas compañías y maestro desde su nacer en la composición del drama y en la ciencia del teatro, se ha retirado y abstraído en su sillón de la Española y ante sus armarios de la Biblioteca. No se puede hacer nada con estas compañías que ahora se forman entre nosotros, cabezas verdaderas sin pies, ó pies verdaderos sin cabezas. Así, como la virtud culminante de nuestro Echegaray sea la bondad, estoy seguro de que imputará él á sí mismo la desgracia de su drama último y no á quien lo desbarató y descompuso. Cosa verdaderamente demostrada: la dramática española perece como no se modifiquen los corrales de nuestras comedias. ¡Oh! Si yo tuviera el ingenio ático de un *Clarín*, la maestría soberana de un Balart, la competencia indudable de un Picón, la gracia salpimentada de un *Indolente*, la historia de un Cañete, cogería mi látigo y metería todos los actores de primer orden dentro de un solo teatro.

Emilio Castelar

EXPOSICION DE PASTELES Y ACUARELAS

EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID

No sé qué pensar viendo el derrotero que las Bellas Artes siguen en las naciones latinas. Así me parece que los artistas van por buen camino marchando de acuerdo con las novísimas corrientes del positivismo que caracteriza la sociedad actual, como creo que se equivocan de un modo lamentable, dedicándose á estampar en el lienzo, en papel ó en el mármol lo que ese positivismo nos muestra de color de oro, – pues el color de rosa ya no es de este mundo; – lo que ese positivismo viste con brillantes y terciopelos; lo que ese positivismo disfraza con el Champagne, con el Jerez, con el Falerno, con el *melrosse*, con la *veloutine;* los grandes dolores, las grandes ideas, la virtud, el vicio, que pierden sus naturales fisonomías haciéndose igualmente aceptables porque se hacen igualmente indiferentes al caer dentro de la esfera especulativa, que es el crisol adonde van á parar hoy sentimientos, pasiones, ideas; el mundo, en fin, del espíritu.

Cuando veo esa enorme cantidad de tablas, lienzos, acuarelas y dibujos que figuran en exposiciones y escaparates, en gabinetes y en las páginas de las *Ilustraciones*, representando una *Joven jugando con un gato*, *Esperando*, *Estudio*, *En la playa*, *En las carreras*, pienso que tales motivos están perfectamente acordes con esta frivolidad escéptica que aparenta el positivismo, para no mostrar al exterior, á los espíritus elevados que contrapesan tal doctrina, el gesto salvaje de su egoísmo, tan brutal como el cañón arrasando la ciudad y el bosque, puesto que á su conveniencia sacrifica arte, ciencia, industria, todo en fin, amoldándolos á sus especulaciones, dándosele un ardite de que el nivel filosófico, psíquico, se rebaje, rebajando hasta la moda y la adulación lo que no es de la moda ni del hombre vulgar. Y pienso también que, como cuanto el arte produce sugestionado por ese ambiente que nos rodea es así frívolo, no durable, como no son durables tampoco los caprichos insulsos del hastío, encuádrale á mil maravillas la novedad de los procedimientos puestos en boga. Cuando había que dar forma á las creaciones de los grandes genios místicos, se pintaba grande, al encausto; cuando más tarde la historia, la filosofía, el simbolismo inspiraron á los artistas del Renacimiento las *loggie*, la *Sixtina*, y á los que florecieron después el más severo ascetismo, como á Zurbarán y Lesseuer, las gallardías de una época eminentemente pagana y artista á Rubens y Ticiano, y las glorias nacionales á Velázquez, se empleó el fresco ó el óleo; aquellos artistas, como sus contemporáneos, pensaban, no para ellos, pensaban para los siglos que habían de suceder al suyo, y sus ideas debían ser plásticamente durables, como durable es la Historia; los artistas de hoy, sobre todo los españoles, italianos y franceses, – hablo de la generalidad, – gracias si en fuerza de acosar al modelo para que se ponga este trapo de moda, ó pamela, ó el *fitchú* de encaje, logran hacer el tipo insubstancial de la señorita del día en el *tocador*, en el *baile*, en el *teatro;* gracias si pintan con toda clase de artimañas y retoques la *cocotte* ó la *chula*, y cuando se enternecen y se echan por los trigos del lirismo, de lo bucólico y también de lo sentimental, es cosa de ver las mismas *cocottes* por tipos del campo, ó por el contrario, naturalismos tanto más repugnantes cuanto con menos arte están vistos. Y como todo esto es obra sin idea, como todo esto es insubstancial, como todo esto no tiende más que á despertar el erotismo en unos, á halagar la vanidad y el lujo de otros y á proporcionar el placer del sentido de la vista en los más espirituales, por donde infiero que á tal arte, que está condenado á morir, viénele á pedir de boca la acuarela y el pastel, como procedimiento que según el organdi y la muselina duran lo que el capricho de la moda, no quedando ni rastro de ella al cabo de breve tiempo.

Y es fuerza seguir la corriente que nos viene de allá, de los Pirineos. Allí artistas serios, como L'Ermitte, pintan al pastel, que exige un dibujo admirable si lo que de ese modo se pinte ha de resultar una obra de arte. Si el pastel no fuese tan deleznable, conociendo bien su sencillo mecanismo y siendo el que lo conozca un buen colorista, pueden hacerse maravillas; se llega hasta conseguir la jugosidad y el vigor del óleo; ¡ay! pero el óleo dura muchos siglos y el pastel... Sin embargo, en esta corte existe una copia de los *Borrachos* de Velázquez, que tiene cerca de dos siglos de vida, y á pesar de tan larga fecha se conserva admirablemente: ¿conocerían los artistas de entonces el medio de fijar el lápiz de color? Si lo conocían, hoy no se conoce; y del pastel, tengo para mí que su reinado será bien corto por muchas causas, y una de las más importantes esa.

Pero mientras está en boga estudiémosle, que como auxiliar para la obra seria es digno de tenerse muy en cuenta procedimiento tan sencillo y de resultado tan inmediato.

En esta Exposición del Círculo se han presentado sesenta y tres pasteles. Casi todos los titulan *Estudios* sus autores, y realmente no tienen otro valor, pero hay dos que merecen especial mención; uno de ellos es debido á Sorolla el otro á Peña. El de Sorolla, hecho con el deseo de producir en la retina del espectador la ilusión de la realidad misma y como tal manejadas las barrillas como pudiera los pinceles del óleo, es una obra llena de luz y de verdad; titúlase *El Calafateo;* el de Peña, está pintado á luz templada, y carnes, telas, fondo, todo tiene una entonación suave finísima; representa una media figura de mujer elegante quitándose el abrigo, y su autor la dice *Después del baile*. También debo mencionar un gran pastel que representa una aldeana tumbada sobre la hierba, y casi de tamaño natural la figura; original de Pando y muy bien entendido el procedimiento y el color. Ruiz Luna, el autor de la marina *Trafalgar*, premiada con medalla de oro en esta última Esposición nacional, también exhibe doce estudios al pastel; los que representan unos vapores en marcha son buenos. Siguen Plá, Bilbao, Mascó, Marín y otros varios artistas con obras más ó menos afortunadas. El maestro Sala mandó de París un pastel, una mancha buena; quien está mal en el suyo es el eximio artista José Jiménez Aranda. A cambio nos exhibe unos *guaches*, – que no es lo mismo que *aguadas*, como asegura mi buen amigo el distinguido literato y crítico Jacinto Octavio Picón, – admirablemente dibujadas y construídas, aun cuando se resientan de la tonalidad gris que da á sus pinturas el autor. Marcelino de Unceta exhibe otra *guache* que representa *Un húsar de* 1834; el caballo muy bueno, el hombre no tan bueno. Entre las acuarelas mencionables está en primer término *La Santera* de Sorolla; *Un mal encuentro*, de Bilbao; *Mientras pasa la tormenta*, de Pulido; y como maravilla, *Una cabeza*, del malogrado Plasencia. ¡¡Es desesperante ver cómo esta cabecita vive, alienta; cómo está llena de color, de sangre, y sin embargo, no representa una hora de labor!!

Tres señoritas asisten con trabajos á la *guache*, á la acuarela y al pastel, á este certamen. Las tres están muy discretas; pero la señorita Poncela en los cuadritos *En el campo* y *En la dehesa* demuestra más brío que sus compañeras.

No cierro este articulillo sin mencionar á Querol. La estatuita que exhibe, *Venecia vigilante*, única obra escultórica que en esta Exposición existe, es digna del cincel del autor de *La Tradición*. De gallarda apostura, muy bien plegados los paños, de línea bastante correcta, tiene sin embargo cierta altivez aquella cabeza que no encaja muy bien en una aguadora, siquiera sea veneciana.

R. Balsa de la Vega



DON MIGUEL GRAU, ilustre contraalmirante peruano

SECCIÓN AMERICANA

MIGUEL GRAU

(PERFILES PERUANOS)

Ante el nombre glorioso que encabeza estas líneas, los marinos de todo el mundo se descubren y América entera se postra de rodillas. He dicho que los marinos de todo el mundo, exagerando un tanto; contados serán los españoles que lo conozcan: cuando Miguel Grau conquistó un puesto resplandeciente al lado de los héroes, cuando después de su gloriosa campaña voló á los Campos Elíseos, en donde Churruca debió esperarle con los brazos abiertos, España no tenía representación naval en el Pacífico, como la tenían, y lucidísima, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y los Estados Unidos.

¿Qué extraño debe, pues, parecernos que sólo un reducidísimo número de nuestros marinos sepa quién fué Miguel Grau ni las hazañas sorprendentes por él realizadas?

Y, sin embargo, un marino español ilustre, don Juan Bautista Topete, con quien me cupo la honra de hablar en Santander al día siguiente de mi regreso de América, me decía conmovido: «Hubiera dado la vida por presenciar esa guerra de titanes,» aludiendo á la chileno-peruana.

– ¡Grau!, decía Topete, Grau es la figura más grande y más simpática que América puede presentarnos después de su independencia. Yo hice la campaña del 66, señora...

– Y con honra, le contesté.

– Con honra la hizo la marina española; pero yo peleaba contra mis amigos del Perú, sin acordarme que eran extranjeros; me parecía aquella una de nuestras contiendas civiles. ¡Qué valientes! ¡Qué valientes! ¡Y cuánto he querido yo á Monterito!

Aludía el bravo Topete al contraalmirante peruano D. Lisardo Montero.

Nuestro viejo marino me preguntó por cada uno de los jefes de la escuadra peruana; quiso enterarse de todo minuciosamente; condolióse de que España no hubiera tenido representación naval en el Pacífico cuando estos acontecimientos, y honrando la memoria de Topete puedo asegurar que se conmovió oyendo el relato de las heroicidades llevadas á cabo por los jóvenes que él había conocido en los comienzos de su carrera.

Pues bien: Topete, que amaba á los que en un tiempo fueran sus adversarios, no sus enemigos, había seguido paso á paso la estela brillante que el *Huascar*, al mando de Grau, iba dejando en sus atrevidas excursiones de Norte á Sur y de Sur á Norte; pero



MUJERES DEL MERCADO DE SIERRA LEONA

Camino del mercado
Vendedora regañona

Contando sus ganancias
Carga difícil de llevar
Un altercado

En la plaza del mercado
Regreso del mercado


UN ENTIERRO EN LAS CALLES DE SIERRA LEONA, dibujo de C. Haldane McFall

apenas si algún otro de los que tan alto pusieron el pabellón de la marina española en aguas del Callao habrá mostrado curiosidad por saber qué fin tuvieron aquellos valientes.

Si con mis apuntes biográficos reparo en parte la ignorancia que hay por acá respecto á un héroe que llevaba un apellido tan español como el que más creeré prestar un servicio á nuestra dorada juventud marina, haciéndole presente que las magníficas páginas de su historia se reproducen allí donde hay sangre y nombres iberos.

* * *

Nació Miguel Grau el año 1834 en Pinra, ciudad situada al Norte del Perú, coronada por cielo sin nubes, eternamente azul, y por un sol cuyos ardientes rayos producen vegetación espléndida y naturalezas tropicales. Hijo de padres ricos y distinguidos, quisieron éstos darle carrera conforme á sus aficiones, y comenzó los estudios náuticos en la escuela de Paita, puerto de excelente arribaje en la misma provincia de Pinra, y adonde las comisiones científicas europeas fueron oficialmente en buques de guerra de sus respectivas naciones á observar el paso de Venus, allá por los años 1879 ó 1880, que no recuerdo precisamente la fecha.

Comprendiendo el padre de Grau que navegando lejos de la patria podían acentuarse más y más las aficiones del niño, embarcólo en un buque mercante europeo, y al cabo de siete años regresó, apenas hombre, á su patria con un caudal de conocimientos náuticos y dominando varios idiomas. El inglés le era familiar como á todos los marinos del Pacífico.

En mayo del 54 era guardia marina; en marzo del 56, alférez de fragata; en septiembre del 63, teniente segundo; en diciembre del mismo año, teniente primero; en marzo del 65, capitán de corbeta; en julio del mismo año, capitán de fragata; en julio del 68, capitán de navío graduado, y en abril del 73, capitán de navío efectivo.

En 1868 protestó enérgicamente de no querer servir al mando de un almirante extranjero, y fué separado del servicio; por lo cual y entrando en los vapores mercantes de la compañía inglesa, sirvió á ésta cerca de un año, soportando sin quejarse las amarguras del patriotismo herido por la ordenanza; pero muy pronto volvió á ocupar un puesto en la armada, embarcándose en el monitor *Huascar*, panteón glorioso de su rápida y brillante carrera.

En 1876 la provincia de Paita le nombró su representante en cortes, y al terminar las labores parlamentarias de aquella cámara le sorprendió la guerra, cuando de nuevo tomaba el mando de su buque.

Aquí dan principio para el hombre ilustre las hazañas que han inmortalizado su nombre. Después de la funesta fecha del 21 de mayo de 1879, en que vió Grau sepultarse en los marès á su compañera la fragata blindada *Independencia*, se multiplicó emprendiendo infinitas campañas, en cada una de las cuales conquistó para su patria timbres de limpísima honra que con orgullo puede presentar ante las más poderosas flotas del mundo. El *Huascar* rompía bloqueos para llevar auxilios órdenes y alientos á los bloqueados; custodiaba transportes de tropas, de víveres y de municiones, desafiando hasta la temeridad á la poderosa escuadra enemiga que cuando menos lo esperaba encontrábase con una nueva y heroica correría del monitor peruano.

El *Huascar* era un fantasma y Grau su espíritu gigante, su alma indomable.

En una de sus improvisadas excursiones aparécese frente al puerto de Antofogasta, región boliviana ocupada y artillada por los chilenos, y presenta combate á las baterías y buques surtos en la rada; apresa en buena ley barcos y lanchas de los enemigos; pero siempre noble, siempre generoso, siempre magnánimo, trata al vencido y al prisionero con el amor y la consideración de un patriarca hebreo.

Rompe por segunda vez el bloqueo de Iquique, apresa el hermoso transporte *Rimac* con el regimiento montado de carabineros de Yungay, y pudiendo destruir el *Matías Cousiño* para coronar su obra, se resiste á echarlo á pique antes de poner en salvo á la tripulación.

«Comandante, grita Grau en inglés al del *Matías Cousiño*, embarque su gente que lo voy á echar á pique;» generosidad que le valió perder momentos que eran preciosos, pues no tardaron en avistarse los acorazados chilenos que á toda máquina corrían en auxilio de los suyos. El *Huascar* huyó con la presa del *Rimac*, y prefirió dejar el *Cousiño* íntegro antes que inmolar enemigos indefensos.

Este era Miguel Grau.

América entera prorrumpió en gritos de entusiasmo; los concejos de la República le decretan honores y medallas; las señoras de Lima le envían una guarnecida de gruesos brillantes; la juventud argentina le regala un álbum magnífico; de otras partes le mandan tarjetas de oro con inscripciones y riquísimos estandartes, y las señoras de Sucre, capital de la república de Bolivia, le mandan una medalla con ocho grandes brillantes.

La mujer americana, entusiasta cual ninguna, patriota hasta el delirio y valiente hasta el sacrificio, fué la primera en glorificar al héroe que más parecía de leyenda que real, verdadero y tangible.

El soberano congreso decrétale por unanimidad el grado de contraalmirante, y Grau continúa, sin envanecerse, sin darse cuenta del porqué de su glorificación, vistiendo el uniforme de capitán de navío, manteniendo enhiesta la bandera de la patria y haciendo grande el nombre del Perú con la oficialidad del monitor, digna en un todo de su inmortal jefe

¡Pero estaba escrito!

La escuadra enemiga sorprendió al *Huascar* en la mañana del 8 de octubre de 1879 frente á la punta de Angamos, que desde aquella fecha puede llamarse el Trafalgar americano. La lucha no podía ser más desigual; la defensa era una temeridad, era un suicidio cruel, y sin embargo, nadie vacilaba.

La escuadra chilena con sus dos poderosos acorazados (*Blanco Encalada* y *Lord Cochran*) al frente avanza en son de combate; el *Huas-*



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA. – EL PALACIO DEL REICHSTAG, EN BERLÍN

car, que dispuesto á la pelea cuando arrojaba las muras tenía el aspecto de un zapato grandísimo, no puede sostener la lucha ni con remotas probabilidades de éxito. Su terrible arma es el ariete; pero ¿cómo embestir á los colosos sin que antes éstos lo destruyan?

Tenía el que fué buque peruano y hoy forma parte de la armada chilena un torreón de forma cilíndrica, resguardado por un blindaje de cinco y media pulgadas. Estaba el torreón colocado delante del departamento de la máquina, y provisto de declives y rodados para dos cañones de doce y media toneladas, con balas de trescientas libras del sistema Cowper.

Su aparejo era de bergantín con el trinquete en forma de trípode para facilitar el manejo y movimiento de los cañones giratorios del torreón.

La máquina era de trescientos caballos, las calderas estaban reforzadas y tenían magníficas válvulas de seguridad.

Contaba de registro mil cien toneladas, y un andar de doce millas y cuarto por hora, con un calado de diez y seis pies ingleses; sus dimensiones doscientos pies de eslora, treinta y cinco de manga y veinte de puntal, y el blindaje del casco de cuatro pulgadas y media, una menos que el torreón Con esta pequeña arma de guerra se aprestó Grau á morir con honra.

Pocos momentos antes de entrar en combate, el ayuda de cámara del contraalmirante, un joven llamado Alcibar, condujo á la torre la espada de su amo.

Vestía éste pantalón azul sin galones, levita inglesa de castor también azul con tres botones en la bocamanga y las presillas de capitán de navío, y llevaba calada la gorra El contraalmirante no llegó á usar á bordo el uniforme de su alta clase ni enarboló jamás la insignia correspondiente.

Grau era el soldado de la patria, tan modesto como grande.

Empeñado el combate, dos bombas enemigas atravesaron la torre del comandante en dirección de la mura de babor á la aleta de estribor, y un cuerpo cayó sobre la cubierta. – «¡Ha muerto el comandante!,» gritaron, y la tripulación, sin perder su sangre fría ni su valor heroico, recogió aquel cuerpo, que sin mirar, tales eran los fragores del horroroso combate, condujo á la cámara de popa.

Uno á uno fueron sucumbiendo aquellos valientes, y uno por uno ascendiendo al mando del buque por orden de categorías.

Quedaron con vida dos tenientes segundos, Canseco y Santillana; un alférez, Herrera, y el valiente oficial Pedro Gárenzon.

Después de aquella catástrofe, y cuando los pocos upe: vivientes se disponían á sepultar el *Huascar*, fué éste tomado al abordaje, al mando del teniente Simpson, de la marina chilena.

Se pensó lo primero en recoger el cadáver del contraalmirante, que se suponía en la cámara de popa; pero cuál no sería la sorpresa de los oficiales peruanos al ver que aquellos restos, si muy queridos y respetados, no eran los del ídolo; eran los de otro valiente, Diego Ferré, ayudante de Grau, su compañero de glorias y su hermano en la muerte, pues que la misma bala les arrebató la existencia.

Pedro Gárenzon pidió y obtuvo permiso del oficial vencedor para permanecer en el *Huascar*, hasta encontrar los restos venerandos de su jefe; inútilmente: entre el montón de cadáveres y de miembros esparcidos por todas partes no había señales de ninguno que hubiese pertenecido á Miguel Grau.

Los cadáveres del segundo comandante Elías Aguirre y de los tenientes primeros Rodríguez y Ferré, así como el cuerpo moribundo de otro valiente, de Enrique Palacios, fueron cuidadosamente recogidos; pero Gárenzon no podía darse por satisfecho no encontrando la menor señal que le descubriese al comandante.

Por fin, entre las astillas y hierros que habían convertido la torre en montón informe, descubrió un pie desnudo, apenas aprisionado en botín de cuero, cuyo chanclo había desaparecido; al pie estaba unido un trozo de pierna, hasta la mitad de la pantorrilla. Gárenzon reconoció el miembro mutilado del contraalmirante; no le cabía duda, era parte de su pierna derecha.

Cuidadosamente fué envuelta la sagrada reliquia en un pabellón de bote peruano, y al día siguiente encerrada con gran esmero en una caja para ser depositada en el cementerio de Mejillones de Bolivia junto con los otros valientes de la jornada.

El contador del *Huascar*, D. Juan Alfaro, fué el encargado por Gárenzon para acompañar los queridos restos y marcarlos convenientemente. Los cuerpos de Aguirre, Ferré y Rodríguez quedaron, pues, en tierra extranjera, acompañando aquel fragmento venerando del contraalmirante, y el hoy obispo de Santiago de Chile, ilustrísimo señor Fontecilla, fué el primero que celebró una misa en sufragio del alma del héroe peruano.

Señaláronse las sepulturas con inscripciones y cruces, y la que marcaba el sitio en donde quedaban los restos de Grau, fué asimismo distinguida con una banderita peruana que en ella clavó la mano piadosa de un oficial chileno, el señor Goñi, comandante hoy del acorazado *Blanco Encalada*.

Algún tiempo después el contraalmirante Vill, de la marina chilena, pidió al gobierno de Chile autorización para trasladar al mausoleo de su familia en Santiago la modesta caja que encerraba una parte de aquel cuerpo viril, envoltura de un alma tan grande, y Miguel Grau fué trasladado á la capital de Chile, en donde provisionalmente descansó al lado del general Vill, veterano de la independencia.

El 22 de junio último fueron entregados los restos del grande hombre al ministro del Perú D. Carlos Elías, para ser trasladados á su patria idolatrada, más rica por haber dado vida á Grau y á sus compañeros, que por sus bosques de maderas preciosas, sus minas inagotables y su territorio vastísimo y hermoso.

Los enemigos de ayer despidieron hoy conmovidos lo que del inmortal marino conservaban, y las damas chilenas saludaron, llorando enternecidas, el fúnebre cortejo con que de Chile salió el adversario generoso y magnánimo, cuyo nombre pertenece en la tierra á todo el continente americano, como en el empíreo pertenece al Creador, que tan á su imagen y semejanza lo modelara.

La historia reserva á Grau páginas brillantísimas: la tradición popular le consagrará culto idólatra.

Honor eterno á los hombres que han sucumbido haciendo reverdecer los laureles de Lepanto y de Trafalgar.

EVA CANEL

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

V

ALEMANIA

Mientras el príncipe de Bismark dirigió los asuntos del imperio de Alemania, acostumbrábase á decir: «El parlamento alemán no existe sino cuando el canciller habla.» Ahora bien: el canciller ha desaparecido de la política activa, y el parlamento alemán existe más que nunca; está muy vivo, y lejos de perjudicarle la desaparición del gran hombre á quien Alemania debe su política actual, le ha sido provechosa; pues no pocos de los que enmudecían antes hablan ahora mucho, y más de una cuestión que apenas se osaba tocar, por temor al maestro, trátase hoy á fondo.

Conocida es la organización política de Alemania: el Imperio es una confederación de diversos Estados alemanes, que en virtud de la Constitución de 16 de abril de 1871 han conservado su parlamento especial, su gobierno y su legislación. Tal vez interese conocer esos Estados, cuyo número es de 26, pues apenas se sospecha la existencia de algunos. Son los

EL MARTIRIO DE SANTA EULALIA, relieve de Enrique Barrón



EL ULTIMO SALUDO, cuadro de J. Andreotti

siguientes: 1.°, Alsacia-Lorena (que es tierra de imperio y se encuentra en una situación especial); 2.°, Anhalt; 3.°, Baden; 4.°, Baviera; 5.°, Brema; 6.°, Brunswick; 7.°, Hamburgo; 8.°, Hesse; 9.°, Lübeck; 10, Lippe; 11, Mecklemburgo-Schwerin; 12, Mecklemburgo-Strelitz; 13, Oldenburgo; 14, Prusia; 15, Reuss-Aine; 16, Reuss-Gera; 17, Sajonia-Real; 18, Sajonia-Altenburgo; 19 Sajonia-Coburgo-Gotha; 20, Sajonia-Meningen; 21, Sajonia-Weimar; 22, Schaumburgo-Lippe; 23, Schwarzburgo-Rudolstadt; 24, Schwarzburgo-Sonderhausen; 25, Waldeck; 26, Wurtemberg

Estos diversos estados, aunque conservando una independencia relativa, se han unido en confederación, dando el título de emperador de Alemania á los reyes de Prusia. Por eso mismo, y aunque la Constitución no diga nada sobre este punto, han reconocido su supremacía de hecho, si no de derecho. Nombran delegados diplomáticos que forman el consejo federal, el cual se reune en Berlín, y que preparan las leyes del imperio votadas por el *Reichstag*, ó parlamento alemán, cuya ejecución se confía al canciller del imperio, nombrado por el emperador. En virtud de lo prevenido en la Constitución, el Imperio debe resolver sobre los asuntos extranjeros, las leyes de aduanas, los impuestos aplicables á las necesidades del país, las monedas, los caminos de hierro y canales, correos y telégrafos (excepto en Baviera y Wurtemberg), las leyes militares, los reglamentos de policía respecto á la higiene, las leyes sobre la prensa y el derecho de reunión. Vemos, pues, que las atribuciones del parlamento alemán son ó más bien serían muy extensas si los resortes de la Constitución no se hubieran falseado desde un principio; pues M. Bismark, después de dar una Constitución parlamentaria, se apresuró en la práctica á concentrar toda la autoridad en el canciller y el emperador.

El *Reichstag* alemán se compone de 397 individuos nombrados por sufragio universal. (Notaré de paso que de los 397 diputados, Prusia cuenta 236.) La Constitución de 1871 había fijado en tres años la duración del poder legislativo; pero el *Reichstag* elegido en 1887 cambió en este punto el acta constituyente, acordando que en adelante se ejerciera dicho poder por espacio de cinco años. Los diputados no perciben indemnización alguna; tan sólo disfrutan de una ventaja, que se reduce á utilizarse gratuitamente de las líneas férreas alemanas mientras haya sesiones. El *Reichstag* alemán tiene nominalmente todas las atribuciones, todas las inmunidades de los demás parlamentos de Europa: nombra su mesa, recibe peticiones y tiene derecho de interpelación; pero en la práctica, estas atribuciones son ilusorias, pues todo se ha de someter á la aprobación del emperador y del consejo federal. Sin este último, ninguna proposición votada por el *Reichstag* puede tener fuerza de ley, y el emperador ejerce el derecho de *veto* sobre las leyes relativas á los impuestos, al ejército y á la marina. Además de esto, durante todo el reinado de M. Bismarck, era costumbre que el canciller no contestase á las interpelaciones. No se sabe aún si M. de Caprivi seguirá la línea de conducta de su ilustre y desagradable predecesor; pero en todo caso, el derecho de interpelación, tal como se comprende en el parlamento alemán, no puede ser de ninguna utilidad; toda demanda de interpelación debe firmarse por treinta diputados al menos y no puede dar lugar á ninguna votación. En una palabra, Alemania tiene parlamento, pero sin parlamentarismo.

Con igual razón podría decirse que en Alemania no hay sufragio universal más que de nombre. Cierto que el artículo 20 de la Constitución del imperio dice que los diputados al *Reichstag* son elegidos por sufragio universal y directo y por escrutinio secreto; pero la manera como el artículo se aplica (ó mejor dicho, quizás, *se aplicaba*), le hace completamente ilusorio. En ningún país se aplicó jamás la candidatura oficial como se hace en Alemania; y no es raro ver en las salas de votación de los pueblos un aviso firmado por el alcalde, indicando el candidato en cuyo favor se ha de votar.

Todo ciudadano alemán de veinte años de edad es elector: los motivos para retirar el electorado son los mismos que en los demás países. La inscripción en las listas se hace más liberalmente que en Francia, puesto que basta un mes de domicilio para ser incluído en las electorales del distrito; pero en cambio, las personas que reciben auxilios no tienen derecho de votar. Se elige un diputado por cada 100 000 habitantes; mas como el gobierno es dueño absoluto en cuanto concierne á la división de las circunscripciones y al aumento del número de diputados, toma los que quiere. Así, por ejemplo, Berlín, que cuenta 1.500 000 habitantes, continúa no teniendo más que seis diputados, como en 1869.

Todo alemán elector es elegible, sino que haya incompetencia. Los funcionarios públicos se aprovechan de esta disposición legislativa, y así se cuentan en el *Reichstag* más de 150 prefectos, jueces y otros funcionarios. Se puede ser al mismo tiempo diputado de la cámara de uno de los países de la confederación y del *Reichstag*, por la misma circunscripción ó por dos diferentes; y á menudo sucede también que las dos cámaras á que pertenece un diputado celebran sus sesiones á la vez, de lo cual resultan numerosas abstenciones.

Esta cámara, así reclutada, funciona también de una manera especial, y aquí convendrá tal vez entrar en algunos detalles que fué inútil dar en las monografías parlamentarias anteriores á la presente. Todo lo que se podría llamar aparato exterior del parlamentarismo de Alemania se asemeja al de los demás países: el *Reichstag* nombra su mesa, se divide en comisiones, discute y vota; pero todo este aparato es inútil, y todos esos votos no sirven para nada, porque se entiende en absoluto, entre el pueblo y sus representantes por una parte y el gobierno imperial por la otra, que todo voto hostil del *Reichstag* sobre una cuestión de importancia lleva consigo el pleno derecho de disolución.

Los partidos que figuran en el parlamento alemán son: los conservadores puros, que se reclutan principalmente en la antigua Prusia; el partido del imperio, que tiene á su cabeza al anciano mariscal de Moltke, siendo el partido gubernamental, y los nacionales liberales, que eran los adeptos incondicionalmente á M. Bismark, pero que forzosamente apoyan todas las proposiciones imperiales, cualesquiera que sean. Estos grupos forman el partido gubernamental

En la oposición hallamos el Centro, el partido más numeroso del *Reichstag*, compuesto exclusivamente de católicos, los progresistas y los socialistas.

Junto á estos grandes partidos hállanse además los anti-semitas, los güelfos (algunos diputados de Hannover que se han mantenido fieles al antiguo orden de cosas), los polacos, los daneses, y en fin, los alsacianos-loreneses, ó los franceses, como los llaman allí, que fieles á la protesta de las provincias anexionadas, no hablan casi nunca. También hay en el parlamento algunos diputados que no forman parte de grupo alguno y á quienes llaman salvajes *(Wilde)*.

Réstanos sólo añadir que el parlamento alemán está provisionalmente instalado en un modesto edificio de la *Leipziger-Strasse*, mientras se termina el palacio que se está construyendo y que será inmenso y estará dotado de las mayores comodidades.

X.

NUESTROS GRABADOS

Virgen en adoración, cuadro de Carlos Cignani.—Floreció este famoso pintor italiano á fines del siglo XVII y comienzos del XVIII y fué uno de los discípulos y amigos predilectos del gran Albano. Los príncipes y los magnates solicitaron con empeño sus obras y le encomendaron importantes trabajos, siendo el principal de éstos la cúpula de la Madona della Fuoco, de Forli, fresco inmenso en que representó la *Asunción de la Virgen* y que le costó veinte años de trabajo, al que siguen en valor artístico sus *Entrada de Pablo III en Bolonia*, *Francisco I curando á los leprosos* y *Poder del Amor*, alegoría que sirve de lambrequín al magnífico techo pintado por Agustín Carracho en el salón del palacio ducal de Parma.

Aunque menos grandioso, no es menos bello que los citados el cuadro *Virgen en adoración* que reproducimos, impregnado de sentimiento y correctísimo en su delicada factura.

Cignani supo agrupar con exquisito gusto las figuras para dar grandiosidad á sus composiciones; su dibujo, inspirado en el Correggio, era noble y gracioso, y su color, sólido, vivo, vigoroso. Rehusó cuantos honores le ofrecieron el Papa, el duque de Parma y otros poderosos señores, y quiso sólo ser un gran artista: nombrado director de la Academia Clementina de Bolonia, sostuvo con todo su esfuerzo el arte á la altura á que dentro de ella habían sabido elevarlo los Carrachos.

Sus cenizas reposan en Forli, bajo aquella misma cúpula en que su pincel derramó tantas maravillas.

Galería Umberto I recientemente inaugurada en Nápoles, obra del arquitecto Ernesto di Mauro.—La capital del antiguo reino de las dos Sicilias no ha querido ser menos que la que en otro tiempo fué centro del Milanesado: Nápoles tiene hoy su Galería Umberto I, que puede competir dignamente con la Vittorio Emanuele, de Milán.

La galería Umberto I, solemnemente inaugurada el día 9 de noviembre último, consta de dos partes exactamente iguales, una subterránea y otra al nivel de la vía pública. De un centro octogonal arrancan cuatro brazos que terminan en las vías Toledo, Municipio, San Carlos y Santa Brígida y á cuyos lados se abren tiendas y almacenes: sobre los del crucero álzanse magníficas casas de tres pisos, cuyas fachadas están adornadas profusa y elegantemente con mármoles, dorados y pinturas. En la planta baja y en el cruce de las galerías hay una vasta sala que corresponde con el octógono superior y á la que se ha dado el nombre de *Sala Margarita:* en ella se darán conciertos y otros espectáculos, á cual efecto la circundan dos series de palcos.

En el centro de la galería elévase una esbeltísima cúpula, por entre cuyos cristales penetra á raudales la luz, que presta á la construcción un tinte alegre de que en gran parte carece su rival milanesa. La altura de los edificios de la galería es de 25'72 metros; la del techo de los cuatro brazos de 34'70.

Las demoliciones para la edificación de la Galería Umberto I comenzaron en mayo de 1887, y en 5 de noviembre del mismo año verificóse la ceremonia de la colocación de la primera piedra.

El proyecto y la dirección de esta obra son del arquitecto Ernesto di Mauro, á quien han ayudado una porción de inteligentes artistas encargados de los detalles del decorado.

Mujeres de Sierra Leona en el mercado.—Un entierro en las calles de Sierra Leona, dibujos de C. Haldane McFall.—Mucho podríamos decir si quisiéramos extendernos en consideraciones geográficas, etnográficas y políticas sobre la península de Sierra Leona, conjunto de posesiones que los ingleses tienen en la costa occidental de Africa entre el territorio francés de los ríos del Sur y la república negra de Liberia cuyo mortífero clima le ha valido el triste sobrenombre de *White man's Grave* (tumba de los blancos), y cuya capital, Freetown, población de 30 000 habitantes, se compone en su mayor parte de negros arrebatados por los cruceros ingleses de los buques dedicados á la infame trata. Pero como nuestro propósito no es el de exponer datos y noticias que en buen número de libros encontrarán nuestros lectores, nos limitaremos á decir cuatro palabras acerca de lo que representan nuestros grabados.

En el mercado de Sierra Leona hay poca competencia, y entre los dos sexos no existe la menor rivalidad en punto al trabajo: los hombres, dando muestras de gran generosidad, permiten que sus mujeres desempeñen todas las faenas, incluso la de discutir, reservándose para ellos únicamente la importante función de pensar. Eso sí, piensan y meditan profundamente, sentados alrededor de la plaza, y cuando á fuerza de pensar se sienten rendidos de fatiga se retiran á dormir, plenamente convencidos de haber realizado su misión en este mundo.

Hay en Sierra Leona una hermosa plaza mercado adonde las mujeres llevan las mercancías, recorriendo á veces para ello muchas millas de distancia, que hacen parte á pie y parte en botes, sufriendo molestias sin cuento. A todas éstas se avienen gustosas las tales mujeres con tal de llegar al fin de la jornada y de poder participar de las murmuraciones y del bullicio del mercado que tanto las atraen; y tan es así, que prefieren andar todo el camino que vender en él sus mercancías. Algunas veces, sin embargo, el cansancio puede más que la voluntad: una se para á descansar en algún rincón cómodo y agradable; otra llega hasta ella y junto á ella se detiene para poder charlar, y una tercera y otras más se les agregan para oir lo que las dos primeras hablan: luego se enseñan mutuamente lo que para vender traen y de esta suerte en pocos minutos se organiza un pequeño mercado independiente.

Dondequiera que se reunan unas cuantas mujeres, parece aquello un manicomio suelto, tal es la baraunda producida por sus charlas, voces, gritos, risas y disputas La disputa es el rasgo característico de todos los grupos: los polizontes, acostumbrados al espectáculo, presencian la contienda desde lejos, y si se acercan al corro de espectadores curiosos es más bien para presidirla, en cierto modo, que para intervenir en ella; la idea que de su deber tienen formada parece limitarse á conservar un porte digno, y cuando han visto terminar una querella en un grupo, se dirigen con majestuoso paso al grupo siguiente exhibiendo por el camino su bastón, probablemente en la creencia de que el poderoso hombre blanco ha encadenado á ese signo de autoridad á algún poder pacificador oculto que hace superfluo todo ulterior esfuerzo de su parte para acabar con las riñas.

La excesiva mortalidad que reina en Sierra Leona es causa de que sean allí muy frecuentes los entierros como el que nuestro grabado reproduce El ataúd que encierra el cadáver es llevado en hombros ó colocado en un carro, del que tiran los amigos del difunto La presidencia del duelo corresponde á los varones, en pos de los cuales marchan las mujeres vestidas de negro ó de blanco y negro, con trajes á la europea las de las primeras filas y más africanos á medida que el cortejo avanza: de suerte que delante va la clase media, que gasta botas, y detrás, formando la retaguardia, el populacho descalzo.

Hay en la comitiva gentes que lloran y otras que fingen llorar; unas que asisten al entierro para lucir sus trajes, y casi todas en una disposición de ánimo tal, que su franca y ruidosa alegría no guarda relación con la seriedad del acto á que concurren.

Los grabados que publicamos están sacados de dibujos de C. Haldane McFall, de Wárrington (Lancáster, Inglaterra).

El martirio de Santa Eulalia, relieve de Enrique Barrón.—En la cripta de nuestra hermosa catedral veneránse los restos de Santa Eulalia, patrona de Barcelona. Virgen piadosísima y dotada de grandes virtudes, la fama de su acendrada fe hizo que muy pronto compareciera ante el tribunal romano, que la sometió á un riguroso interrogatorio. Ni las promesas ni las amenazas lograron hacer mella en aquella alma fervorosa que al ser instada para que ofreciese sacrificios á los dioses paganos contestó sencillamente: *Credo in unum Deum* (Creo en un solo Dios) Entre horribles martirios murió la santa, que supo resistirlos con ánimo esforzado y cristiana resignación.

El reputado escultor español Enrique Barrón ha representado en su precioso relieve la escena del juicio en el momento en que Santa Eulalia contesta á las excitaciones de sus jueces con las referidas sublimes palabras: inspirado ha estado el autor en su composición, y al darle forma ha sabido dar á sus figuras todo el carácter de la época y hacerles expresar con verdad suma los sentimientos que la situación engendra. Correcto en sus líneas, exacto en sus detalles, acertado en su distribución y agrupación, bien entendido en la disposición de sus planos, el relieve de Barrón resulta grandioso en su conjunto, y tanto por estas condiciones como por las dificultades que esa especialidad del arte escultórico entraña, si con ella ha de lograrse el apetecido efecto, bien podemos afirmar que la obra de nuestro compatriota es de las que hacen la reputación de un artista.

El último saludo, cuadro de J. Andreotti.—Hay en la figura de la hermosa dama belleza de expresión y de forma; aquellos ojos mirando con amorosa tristeza un punto lejano del bosque por donde su amante desaparece, aquella mano puesta sobre el pecho cual si quisiera disminuir con la opresión las amarguras que lo invaden, aquel pañuelo llevado á los labios para contener un sollozo y que no tardará en servir para enjugar una lágrima, todo revela la intensidad de una pasión apenada por la reciente despedida. Y en otro orden de ideas, la corrección y elegancia de la silueta que destaca sobre el fondo obscuro de la arboleda, la morbidez de las carnes, el artístico plegado de los ropajes y la poesía del paisaje que tan bien armoniza con la escena pintada, son elementos más que suficientes para demostrar que Andreotti, si no una cosa nueva, ha hecho por lo menos una cosa esencialmente bella.

EL VINO

POR EDMUNDO DE AMICIS

CON ILUSTRACIONES DE FERRAGUTTI, XIMENES Y NARDI

(Continuación)

Existe otro tipo curioso de ebrio, para citar uno más, que tan sólo se encuentra en el bajo pueblo; un bebedor, en el cual el vino suscita principalmente el sentimiento de la admiración y de la devoción por todo aquello que está en lo más alto de la escala social. Son generalmente de bonísimo natural, poseen vivo y profundo el sentimiento del orden, de obediencia á sus superiores, de respeto á la ley, acrecentado más si cabe por cierta timidez y á causa del fantástico concepto que forman de cuanto ocupa lugar superior á su nivel. Son esos borrachos que se contemplan alguna vez por la calle, buscando, sombrero en mano, la manera de entablar discusiones académicas con los agentes de la fuerza pública; recitar en alta voz soliloquios haciendo el panegírico de su patrono, de algún grande hombre desconocido, que los ha beneficiado y por el cual se muestran dispuestos á sacrificar la vida; hacer mil protestas ante el primer llegado, golpeándose el pecho, de su devoción al rey, de su obediencia á las autoridades constituídas y de ser buenos ciudadanos; desolarse por el temor de no ser creídos; jurar, de vez en cuando, con la voz anudada por los sollozos y con el rostro humedecido de llanto, que nunca faltará su sostén á las instituciones nacionales y que la dinastía reinante puede contar con su incondicional apoyo.



Todos esos pertenecen á la categoría de aquellos que tienen, como dicen los franceses, *le vin bon enfant*, al contrario del llamado «mal vino.» del cual son pocos, sin duda, los que no han verificado la experiencia El refrán «tiene el vino triste quien tiene triste el corazón» no es exacto. El vino produce embriagueces fúnebres aun en los más alegres caracteres. Quien haya acudido al vino para encontrar consuelo ú olvido, mortificado por las contrariedades ó atormentado por algún sentimiento de odio ó de rencor, recordará el singular efecto que ha experimentado completamente opuesto á sus deseos: la mente se ha excitado, pero sin conseguir librarse de los pensamientos que la aprisionaban; sus ideas se han coloreado, pero solamente aquellas ideas, como si agrupadas, constreñidas á la puerta de la mente, absorbieren tan sólo ellas los vapores inebriantes, impidiéndoles penetrar más adentro, hasta el reducido mundo de ideas y de imágenes risueñas que otras veces bulleron á su contacto. La marea de la embriaguez se ha concentrado toda en el sentimiento que encontró predominante en el momento de ascender, y ha tomado la naturaleza y la corriente de aquel sentimiento. Y es por lo tanto inútil todo esfuerzo que tienda á encauzarla por el álveo de la alegría. Los pensamientos y los recuerdos tristes é irritantes se llaman, se encadenan, se acrecen con la misma rapidez y con igual progresión que siguen en la embriaguez alegre los pensamientos y recuerdos de adversa naturaleza. Sinsabores añejos, ofensas recibidas en otros tiempos, sospechas que se habían ya disipado, presentimientos de daños que se habían desvanecido, odiosos rostros de enemigos, malévolas intenciones adivinadas ó supuestas; todo vuelve á la mente, se ilumina, por decirlo así, adquiriendo extraordinaria evidencia: poquito á poco se nos antoja que el mundo entero se ha vuelto en contra nuestra, vislumbramos significado hostil en cada frase, y sordo sentimiento de ira y de revuelta se posesiona de nuestro corazón. Y es imposible disimularlo: los labios se contraen, pero no sonríen; el chiste sale helado, la mirada es falsa y la voz entrecortada y punzante. Es inútil intentar librarse de aquel estado enturbiando la mente; los vasos suceden á los vasos y la mente conserva obstinada y siniestra lucidez El vino contribuye á acrecentar la irritación, y esta misma irritación aumenta las fuerzas para resistir el vino Es singular ver cómo se conserva la conciencia clara del propio estado durante esta especie de embriaguez lívida, que exalta únicamente la peor parte de nuestro ser: ver cómo se advierten todos los contrastes de la lucha de los buenos sentimientos que quieren reconquistar su imperio, con los sentimientos tristes que los han arrojado fuera Algunos desgraciados, embrutecidos por esta embriaguez, entre sus parientes y amigos, contristados y temerosos, se acusan de ser villanos, indignos de llamarse hombres y se pegan con sus propias manos, sin conseguir dominarse. Algunas veces, en medio de una discusión tumultuosa, se les ve tranquilizarse de improviso, mostrarse como dispuestos á soltar una buena palabra que lo conciliaría todo, tenerla al borde de los labios, hacer un esfuerzo para pronunciarla... y vomitar en su lugar una blasfemia ó un insulto como si un demonio, al cual hubiesen vendido el alma, se los arrancase de la garganta. A estos cuadra de verdad el nombre que dan los indios á los ebrios: *ramyan*, que significa rabioso No hay tormento comparable al de esta perversidad, de la cual se siente el hombre dominado, que no es suya, que agarrota su voluntad, desnaturaliza su corazón y envenena su sangre: en ningún estado más oportuno puede penetrar el psicólogo para darse cuenta de ciertos actos de insensata maldad, que nos parecen inexplicables, para comprender, en una palabra, cómo se forman aquellas conjunciones monstruosas de sospechas infundadas, de las cuales nacen las certidumbres tremendas, que inmolan á la venganza víctimas inocentes; qué es lo que son aquellas satánicas torturas de la ira y del odio, para librarse de las cuales parece poco cometer un delito y sacrificar la libertad de toda la vida; cómo nacen y prorrumpen esas furias salvajes, de las cuales el hombre es á un mismo tiempo reo, víctima y ludibrio, y en cuyo estudio nuestra mente cuando pretende indagar la medida de la culpabilidad, se confunde y se perturba. El mejor hombre del mundo que haya sufrido alguna vez el influjo de esta borrachera, recordará haber tenido momentos en los cuales se sintió capaz de las más inicuas acciones; y quien haya experimentado una sola vez este efecto, después del primer grito de indignación que le arrancarán ciertos delitos, conservará siempre un rincón del alma abierto á la piedad.



El vino produce además efectos muy distintos, no sólo según la transitoria disposición del ánimo del bebedor, sino también según la edad. En la primera juventud los efectos llegan á su grado máximo. Goethe ha definido la juventud «una embriaguez sin vino » Añadiéndole el vino, la borrachera se convierte en lo que llamó Séneca una locura voluntaria. Las esperanzas y las ilusiones propias de la edad, ya tan vivas en el estado habitual, requieren ligerísima excitación para adquirir el color y la potencia de objetos reales El embrión de grande hombre, que todos sentimos dentro de nosotros á los veinte años, se exterioriza y se revela con toda la altivez y toda la audacia que infunde la conciencia de la propia grandeza. El desmesurado sentimiento de nuestras fuerzas nos empuja á la rebelión contra todas las leyes y contra toda disciplina, y quisiéramos abrirnos camino á tajos y á mandobles entre los obstáculos; no pudiendo hacer otra cosa destrozamos cuanto cae en nuestras manos; nos sentimos aquejados de lo que define muy bien un fisiólogo el *tacto loco de la descompostura*, un furor de destrucción y de desorden, que tiende particularmente á la infracción de los reglamentos de policía urbana con el afán de tener la ciudad entera por espectadora. A los cuarenta años, á su vez, el edificio de nuestras ideas y de nuestros sentimientos razonables, más sólidamente construído, resiste mejor la sacudida de la embriaguez; sufrimos una embriaguez más recogida; de entre las bellas ilusiones que nos ofrece, tan sólo nos dejamos engañar por las más modestas; nos place todavía el alboroto, pero á condición que no se oiga desde la calle; nos gusta todavía la conversación libre, pero entre amigos íntimos; no se llega ya á la alegría y sí sólo á un contentamiento, especie de sentimiento consolante de las ventajas de la edad y del estado propios; á una cierta disposición afectuosa, que se revela en acentos vocales de padre cariñoso, amante de la paz y de la honesta alegría, y á cada momento, después de un sorbo de vino, sentimos la pesada mano de la prudencia que nos toca la espalda. En los viejos, que tienen la vivacidad de los sentidos casi toda refugiada en el gusto, la embriaguez no es, puede decirse, otra cosa más que un placer físico.

Por otra parte, la embriaguez no puede embellecerles el porvenir; no embellece más que su pasado; es como una borrachera de la memoria, una visión rosada de la juventud y de la edad madura, acompañada de cierta serena aquiescencia de las duras leyes de la naturaleza, contra las cuales suelen rebelarse: un estado de ánimo, tan bien representado en aquellos viejos embriagos de Teniers y de Van d' Ostade, sentados á una mesa, con la copa entre las manos, un poco encorvados. con los ojos medio cerrados, en los cuales resplandece una chispa de malicia y relampaguean mil recuerdos amenos de calaveradas juveniles, con una sonrisa marchita en los labios que expresa una sensación de voluptuosa tibieza, con su barba colorada y saliente, una *bazzettina* llena de filosofía que parece que diga: Bien pocos disfrutes nos quedan: ¿qué le vamos á hacer?... Procuremos gozar estos pocos.



Pero los efectos más poderosos y más extraños del vino no podemos verlos entre nosotros, porque en nosotros resultan atenuados por el hábito y aun refrenados en sus manifestaciones por el sentimiento de la dignidad y de las conveniencias sociales. Para estudiarlos en toda su potencia debiéramos ir á buscarlos entre aquellos salvajes, todavía no corrompidos, descendientes de generaciones vírgenes de alcohol, á los cuales ofrecen el primer vaso los viajeros de Europa. Casi todos los exploradores del África tuvieron ocasión de hacer alguna de estas experiencias. Nosotros no podemos formar cabal concepto de aquellos monstruosos accesos de hilaridad: de aquella furia indomable, que los impulsa á afrontar por juego mortales peligros; de aquellos ímpetus de alegría, en los cuales se retuercen en el suelo como frenéticos; de aquellas carcajadas, conforme refiere Stanley, que semejan alaridos ó rugimientos de fieras. A éstos puede aplicarse perfectamente el dicho de Montaigne, según el cual el vino, no sólo altera, sino que vuelca la razón. Y la borrachera se produce con increíble rapidez. Recordaré siempre el caso que vi en una ciudad africana de un pobre joven árabe, venido allí por primera vez desde los confines del Sahara, grave y pensativo como un anacoreta. Eramos en un jardín, el joven estaba sentado en la hierba; colocamos á sus pies un gran vaso lleno de vino de Jerez.



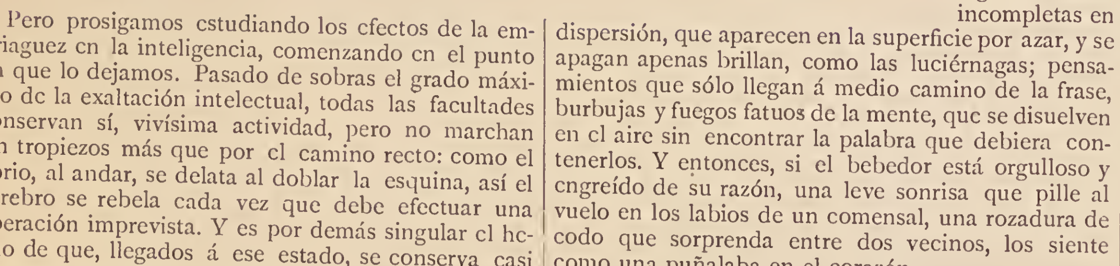


No tenía del vino más que el maravilloso y misterioso concepto que se deriva de las maldiciones de los sacerdotes islamitas; concepto que le había en-

gendrado un deseo ardiente, lleno de curiosidad y de temor. En el jardín no había musulmanes, podía beber sin ser visto: la tentación era grande. Dió con la mirada vuelta á su alrededor y luego fijó sus ojos dilatados en el vaso. Permaneció así inmóvil por espacio de algunos minutos; estaba agitado; se le veían pasar por el rostro, relampagueando, mil pensamientos. Tenía por fin al alcance de su mano aquel licor fabuloso, del cual basta beber una gota, como dice el Alcorán, para echarse encima las maldiciones de todos los ángeles del cielo y de la tierra. Parecía que ya bailaba en su interior todo el mundo fantástico, al cual lo transportaría aquel vino; ensueños de poder y de riqueza, sonoras risas de hermosas mujeres, promesas de voluptuosidad, esplendentes iris, visiones celestes. Y absorbía el vaso con los ojos, pero no se atrevía á tomarlo. Entre su persona y el vaso existía formidable barrera: su Dios. Alargaba el brazo y volvía á retirarlo, nos miraba, arrancaba las menudas hierbas del suelo; se veía que estaba sufriendo. Por fin agarró el vaso, lo aproximó á la boca, permaneció un segundo incierto;... luego venció el diablo y vació el vaso de un solo trago. Súbitamente se cubrió el rostro con las manos y quedó así por algún tiempo como quien espera. Después apartó las manos y nos miró. No existen frases para pintar la transmutación de aquella cara, parecía la cara de otro hombre; se pintaba en ella tal confusión de gozo, de maravilla, de terror, una conmoción tan profunda del cuerpo y del alma, que casi nos arrepentimos de nuestro acto como si le hubiésemos propinado uno de aquellos filtros maléficos de las *Mil y una noches*, que roban la paz para siempre.



La caída



Pero prosigamos estudiando los efectos de la embriaguez en la inteligencia, comenzando en el punto en que lo dejamos. Pasado de sobras el grado máximo de la exaltación intelectual, todas las facultades conservan sí, vivísima actividad, pero no marchan sin tropiezos más que por el camino recto: como el ebrio, al andar, se delata al doblar la esquina, así el cerebro se rebela cada vez que debe efectuar una operación imprevista. Y es por demás singular el hecho de que, llegados á ese estado, se conserva casi siempre una percepción lúcida ó, por mejor decir, previdente de ciertas dificultades del discurso; de modo que, hablando, las sorteamos de lejos, como los que padecen un defecto de pronunciación evitan las palabras en las cuales se encierra la consonante premiosa. Curioso en extremo es el íntimo esfuerzo que realiza el borracho para esconder á los demás la debilidad de su raciocinio. Prepara en secreto las lucubraciones del pensamiento, convencido de que no será apto para realizarlas en el calor del discurso; finge despreciar ó burlarse de un argumento de su adversario cuando no consigue comprenderlo; evita con largos circunloquios pedantescos cualquiera frase que exija intrincados giros de sintaxis; vuelve de improviso grupas, descompuesto, delante un obstáculo impensado que surja en el razonamiento, afectando bizarro capricho de variar la discusión; discurre buen número de sutiles astucias y de leves hipocresías, en virtud de las cuales aparenta que ha adquirido mayor lucidez de pensamiento en lugar de haberla perdido. Y tanto más aumenta su ineptitud, cuanto resulta activo y afanoso su cuidado para encubrirla. Experimenta viva satisfacción cada vez que logra formular una idea sin incertidumbres; para mostrar que habla con facilidad, se sirve de períodos hechos, tomados del fondo del almacén, de esos grupos de ideas familiares que todos hemos cien veces manifestado, para las cuales no es preciso buscar las palabras; prorrumpe precipitadamente en frases que le aguijonean, por miedo que retardándose un momento se le escapen, y esconde el verdadero porqué de aquel impetu, fingiendo arranques de pasión que está muy lejos de sentir. Pero sucede que, cesando un solo instante aquel esfuerzo, en seguida un descortés cambio de palabras, un vocablo usualísimo que no recuerda, una repetición puerilmente superflua, revelan que sus facultades mentales están entorpecidas. Es muy singular esto, que se pudiera llamar el suplicio del bebedor, que en medio de tantos olvidos, el último que sufre es el de la dignidad de la propia razón, de tal manera que nada le ofende tan amargamente como oir que le dicen que no está en sí; y para prevenir esta ofensa, muchas veces se condena á ruda lucha con el propio pensamiento, lucha que lo postra de fatiga é inunda su frente de sudor. Llega un momento en que la lucha es superior á sus fuerzas, y entonces comienza á perder terreno. ¡Qué humillado quedaría, á mi ver, el bebedor que pudiese seguir al día siguiente de la orgía, paso á paso, en sus discursos taquigrafiados, su progresivo estupor de la pasada noche!

Sus períodos, de una amplitud ciceroniana al principio, llenos de incisos y de adiciones, se van poco á poco deshojando y deshaciendo hasta que se reducen al estilo cortado de los oradores asmáticos. El sentimiento del decoro que les obligaba al menos á poner en el discurso apariencias de enlace entre asunto y asunto, se va desvaneciendo lentamente; arrojan en la conversación brutalmente lo primero que asoma á sus labios, sin preocuparse de si viene ó no á propósito. Luego gradualmente la anécdota se hace larga y pesada, la broma adquiere la forma de estribillo, el pensamiento no sale más que en sentencias majestuosas y vacías, en proposiciones simples, compuestas de sujeto, verbo y atributo, colocados uno tras del otro con gran mesura, previo un acto de reflexión, como se colocan los objetos frágiles; y por fin no se notan más que algunas ideas incompletas en dispersión, que aparecen en la superficie por azar, y se apagan apenas brillan, como las luciérnagas; pensamientos que sólo llegan á medio camino de la frase, burbujas y fuegos fatuos de la mente, que se disuelven en el aire sin encontrar la palabra que debiera contenerlos. Y entonces, si el bebedor está orgulloso y engreído de su razón, una leve sonrisa que pille al vuelo en los labios de un comensal, una rozadura de codo que sorprenda entre dos vecinos, los siente como una puñalaba en el corazón.

De aquí no hay más que un paso para entrar en el último período, en el cual si el beodo pudiese tener conciencia de lo que pasa en su cerebro se llenara de espanto. Llega un momento en que se despiertan de improviso sus facultades, lo cual le hace creer que dista mucho aún del último grado de la embriaguez; pero es un desvelo tan desordenado y tumultuoso como de poca duración. Las ideas danzan en su entendimiento como las sombras en una estancia iluminada por una lucecilla agitada por el viento, ó giran en su interior con rapidez vertiginosa, como bolas agitadas en una esfera hueca, sin que ninguna pueda alcanzarlas. Y cuando logra conseguir alguna, se aferra á ella con todas las fuerzas que todavía le quedan, como á un hilo salvador en un laberinto, comprendiendo que, si se escapa de sus manos, volverá á andar á tientas en las tinieblas. De ahí la insistencia interminable en un mismo razonamiento sencillísimo, las frases cien veces repetidas, machacadas con obstinación implacable en la cabeza de quien escucha. Luego se suceden espectáculos, sucesos, discursos que surgen recortados de su memoria, dejando un hueco obscuro y profundo, en el cual se cansará inútilmente al siguiente día si desea inquirir el vislumbre de una reminiscencia. Luego recobra todavía su lucidez á breves intervalos, durante los cuales parece que se encienda en su cabeza una postrer llamecita, no para otra cosa sino para revelarle el mísero desorden de su mente; instantes en que hace un último esfuerzo para recuperar su razón, y sintiéndose oprimido de pesar al echarla de menos, se dirige confusamente amargos reproches, jurando no volver á caer nunca en aquel innoble estado.



Luego tinieblas que le envuelven de la cabeza á los pies, á las que siguen caprichos insensatos de regresar á los lugares donde se ha bebido, en medio de la gente, de las luces y del estrépito, como si confiase encontrar en aquel sitio la razón que abandonó; y de aquí furias improvisas por no tener la fuerza en correspondencia con la voluntad, al sentirse de tal modo impotente, como un niño ó un decrépito, á discreción de cualquiera; furia calmada de repente por la imagen de una persona querida ó de una desventura doméstica que le colma el corazón de tristeza y levanta una ola de llanto; de allí recae al poco rato en una risa sin motivo, estúpida é inextinguible, que se le anuda en la garganta. Y por fin la insensatez; extraviado del todo el sentimiento del tiempo; turbada, como en los ensueños, la idea del espacio; lo invade estupor profundo por encontrarse en sitios á los cuales no recuerda haber querido venir, al sorprenderse hablando con gente cuya compañía no sabe cómo ni de qué manera explicarse; á esto se sigue el soliloquio en alta voz, el apóstrofe dirigido al ausente, un torbellino vertiginoso de pensamientos obscuros y de palabras truncadas que se buscan y se embisten sin poder juntarse, la vista doble, el camino bailoteando, el universo tumbado, una fatiga infinita de la mente y del cuerpo, semejante á un presentimiento de la muerte, y por fin, el último oprobio, la caída; el espectáculo más miserable que pueda dar el hombre de sí, después del delito, pero que hace pensar en algo todavía más triste: en la pobre familia que espera desolada. (Véase el grabado.)

Merece observación también el estado de ánimo y de mente en que yace el bebedor cuando se ha disipado ya la embriaguez. Esas profundas y tristes ideas sobre la caducidad de las cosas humanas no adquieren nunca tanta intensidad como á la mañana que sigue á una orgía, á través de la ligera niebla que sucede á los densos vapores del vino, cuando se abre de par en par la ventana, y se nota, con sentimiento de asombro, que el mundo marcha con el mismo paso, que nada hay cambiado, que cuanto hemos visto, sentido y esperado en la víspera no fué más que un sueño. Los escasos fantasmas de la embriaguez que retenemos aún, se dispersan al primer soplo del aire matinal como máscaras al despuntar



la aurora del miércoles de ceniza. Nos avergonzamos entonces de haber dado fe, como niño, á todas las falaces promesas del vino. Repasamos con inquietud los sucesos de la noche anterior, nos acordamos de las palabras imprudentes, de las pueriles expansiones del corazón, de mil tonterías y otras tantas inconveniencias, quedando humillados y llenos de enojo.

El hecho de haber descubierto debilidades ajenas no nos compensa de la torpeza de haber puesto al descubierto las propias. Quisiéramos ocultarnos por algún tiempo á los ojos del mundo. Nos sentimos disgustados de todas las cosas, ineptos para el trabajo, con la cabeza y el corazón vacíos, sin más sentimiento que el de un odio y una aversión inexplicables por las personas y lugares donde cometimos los desórdenes. Y ese estado produce casi siempre un saludable efecto: una reacción de sobriedad, un enardecimiento pasajero del afecto al hogar, como una necesidad de rehacerse, con el trabajo y el recogimiento, de aquella dispersión desidiosa que hicimos de nosotros mismos. No puede ser más verdadera aquella sentencia de un moralista: «que un hombre honrado nunca es tan sincera y resueltamente moral como después de una orgía.»

Luego, sofisticando, nos consolamos muy bien de nuestras imprudencias; pensamos que fué justicia el habernos revelado por lo que valemos; que ciertas debilidades han merecido su justo castigo poniéndose espontáneamente en berlina, y que, en fin, sin estos desórdenes, los hombres se conocieran entre sí mucho menos, reducidos como quedaran á las conversaciones ordinarias, que constituyen un continuo juego de artimañas, con el cual procura cada uno penetrar cuanto puede en la intención de los demás, disimulando la propia. La embriaguez, nos decimos, constituye para los hombres, en la sociedad irreligiosa, una especie de confesión civil, de la cual, calmados los efectos del vino, el orgullo tal vez resulte ofendido, – y esta es la penitencia, – pero la conciencia al fin y al cabo se siente aligerada, lo cual equivale á la absolución.

Algo puede decirse aún sobre los efectos del vino en la labor intelectual, entendiéndose por ello los trabajos de imaginación, porque en realidad es cosa muy discutible lo de precisar si la embriaguez facilita ó entorpece la realización de las obras imaginativas. El vino fué llamado el caballo del poeta. Y no se puede negar, ciertamente, que á las grupas de este caballo, el poeta *si no va sano va lontano.* La vez primera que se escribe en estado de leve embriaguez llega uno á entusiasmarse. Al impulso de las oleadas de ardiente sangre que afluyen al cerebro, no se produce ya la llamada danza de las células, sino un baile en corro; el soplo se convierte en huracán de la inspiración. La exclamación íntima de asombro y placer que acompaña, como dice muy bien De-Sanctis, á cada destello de verdadera inspiración, resuena interiormente con frecuencia consoladora. Precisamente uno de los caracteres más distintivos del trabajo que efectuamos bajo la influencia del vino, consiste en esta gran satisfacción de nosotros mismos que se manifiesta de trecho en trecho por verdaderas explosiones de alegría ó en gritos de aplauso, ora porque nuestra mente sobrexcitada, rebelde al frío labor del análisis, acepte cuanto se le ofrezca sin reparo, ora porque el ánimo se encuentra en un estado de movilidad, vigor y calor tal, que basta para sacudirlo la más borrosa expresión de una idea ó de un sentimiento rayano con lo vulgar. Por esto resulta agradabilísimo el trabajo. No se experimenta, en el acto de la creación, aquel tormento tan bellamente pintado por Musset cuando decía que á duras penas



pueden contenerse gritos convulsivos en el instante de disgregarse una idea. En la embriaguez se da á luz sin dolor. No surgen grupos, sino fugas de ideas, en que las últimas se desvanecen mientras vertemos las primeras en el papel; la pluma no puede seguir el desbocamiento de la mente: abrevia, indica solamente, recurre á los signos algebraicos, anota una idea con un garrapato, serpentea en el papel algunas veces sin trazar nada; y cuando el trabajo está concluído, se lanza un grito de triunfo, convencidos de haber realizado una obra maestra.

Pero es un trabajo incompleto. Al día siguiente, releyendo á sangre fría lo escrito, se experimenta casi siempre grave disgusto. ¡Que impresión tan singular! Creíamos haber elaborado un tejido compacto, y lo que hicimos fué una tela agujereada. Observamos que cada una de las ideas hermosas permanece solitaria entre las demás; la cadena de ideas intermedias, por medio de las cuales, en el acto del trabajo, nos parecían enlazadas las ideas principales, se ha desengarzado; algunas ideas se han descolorido por completo; otras no las reconocemos como nuestras, restando sorprendidos al verlas tan desconocidas, como si fuesen cosa ajena; descubrimos mil insignificantes errores de buen gusto, de oportunidad, de medida; aquellos defectos de justedad que Goethe encontraba en los últimos escritos de Shiller, cuando Shiller buscaba en el alcohol manera de reconquistar su vigorosidad; reconocemos, por último, que se movieron con extraordinaria fuerza las grandes ruedas, pemítaseme la expresión, de la máquina del pensamiento, pero que todas las sutilísimas ruedecillas profundas y secretas que realizan el trabajo más delicado permanecieron quietas. No cabe duda. El prosista tal vez logre, al influjo del vino, difundir su pensamiento en amplias oleadas de prosa fácil y sonora, pero no engendrará ni uno solo de aquellos períodos potentes, de construcción ingeniosa, admirables por el sutil artificio con que están colocadas las palabras, cada una de las cuales posee su eficacia máxima; que son como un collar enlazado por un



cordón de oro, cuyos hilos son pensamientos cada uno; períodos que hacen exclamar cuando se leen: He aquí un maestro.

El poeta tal vez encuentre en la embriaguez los pensamientos y los versos más espléndidos de su lírica, pero no llegará ciertamente á la difícil ordinación de la estrofa; pudiéndose afirmar que nunca del vino brotó alguna de esas admirables joyas de sonetos y de octavas, de perfección desesperadora, en las cuales hace siglos se posa la admiración de los hombres. Esta exaltación artificial de la fantasía es de brevísima duración, sucediéndole un estado de afanosa fatiga, durante el cual la mente insiste todavía con violencia en la labor, sin obtener resultado de su esfuerzo. Nunca la satisfacción que produce el trabajo fácil y tumultuoso de la embriaguez equivale á la que experimenta la mente que se abarca á sí misma, cuando en el instante de la producción critica y defiende su propia obra, se sale de ella, vuelve á penetrarla, tienta y retienta las dificultades en cien partes distintas, y se fortifica en sus esfuerzos y se estudia en sus fatigas. De otra parte, puede afirmarse que el sentimiento de la dignidad humana nos hace desear que no se puedan escribir grandes cosas bajo el influjo del vino. Admiraríamos menos, sin duda, á los grandes poetas que solicitan á menudo la inspiración á la embriaguez si, leyendo sus obras, pudiésemos reconocer una á una, como pretendía un fisiólogo español con mira al poeta Espronceda, todas las ideas que despuntaron en su cerebro en el acto que dejaron el vaso vacío sobre la mesa. Se nos antojaría que tales ideas habían sido tomadas, en cierto modo, fuera de su ser, con indecoroso artificio; que las habían cogido con trampa, ó que al menos, de la admiración que nos causan, buena parte se debe al fabricante del vino que bebieron para inspirarse. Sentimiento que expresa muy bien un poeta italiano, el cual, después de mencionar á los antiguos poetas, que enardecidos por la inspiración cantaban al aire libre, radiante el rostro, desceñidas las vestiduras, prorrumpiendo espontánea y á torrentes la poesía de su alma conmovida, los pone en parangón con el poeta moderno, el cual encerrado en su gabinete se rasca la cabeza, escribiendo según las prescripciones de la higiene, toma un sorbo de café cuando la idea se hace esperar demasiado, bebe un trago de Madera cuando no encuentra el consonante, se pone un paño mojado en la frente para que no se evaporen los ardores de la fantasía, enciende un cigarrillo para



impulsarse á hacer la última estrofa, y de este modo arrea el ingenio, á fuerza de pinchazos y pellizcos, como un asno remolón.

Cierto que la imaginación es la última, entre todas las facultades de la mente, á resentir los nocivos efectos; por lo mismo que sus funciones son análogas, se confunden casi con los efectos mismos del vino; esta es la razón por la cual tantos poetas y artistas marcharon desatentadamente por el camino del vicio, sin notar por mucho tiempo diminución en su potencia artística. Sus primeras ideas fueron siempre grandes y las principales líneas de las obras que concibieron bellísimas, porque eran el resultado de operaciones instantáneas y cuasi involuntarias de su ingenio. Lo que mermaba en ellos era la memoria, la atención y la reflexión, la fuerza de resistencia para la fatiga del entendimiento. Pero proveían á la debilitación de estas facultades, que dificultaba cada vez la encarnación de los propios conceptos, consagrando mayor tiempo á la obra, sin notarlo, haciendo con una serie de esfuerzos sucesivos lo que antes hubieran realizado de una sola vez; y se engañan á sí mismos, atribuyendo la lentitud, derivada en realidad de la diminución de la potencia intelectual, á una mayor profundidad de pensamiento, á creciente exigencia en el contentamiento de la obra propia. Y decreciendo cada vez más esta potencia, quedan reducidos al estado de aquellos artistas borrachines, cuya vida consiste en una sucesión de grandes diseños y de grandes propósitos, tanto más desproporcionados cuanto menos fuerza se tiene para efectuarlos; de aquellos artistas que mueren no dejando otra herencia que migajas de fragmentos, vastos cuadros dispersos en esbozos, novelas desperdiciadas en escenas, planes y títulos pomposos de obras de grande aliento, de los cuales se habla largos años sin escribir una sola línea. Como ejemplo puede citarse aquel poeta holandés, bebedor incorregible, el cual habiendo concebido y principiado á escribir á los cuarenta años un gran poema sobre la conquista de la India, murió á los cincuenta, no dejando más que una charada sobre el mismo asunto, que fué publicada en un diario ilustrado de Leyden.

Examinados los efectos psicológicos pasajeros del vino, analizemos sus efectos lentos y durables: la acción que ejerce en el carácter y en la vida del bebedor.

Y en primer lugar, detengámonos un momento junto á la que se suele llamar la «gran familia de los bebedores,» verdaderamente innumerable, variadísima, en la cual se encuentran los caracteres más opuestos, la gente de condición más desemejante, el hombre de genio y el majadero, la opulencia y la miseria,



la bondad más afectuosa con la maldad más inicua; y en el mismo vicio una infinita variedad de origen, de desenvolvimiento y de objeto.

(Continuará.)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA CIENCIA EN EL TEATRO

Imitación de los fenómenos de hipnotismo en la sala Roberto Houdín, en París

Todas las noches se representa actualmente en la elegante sala del Boulevard de los Italianos de París una escena de magnetismo simulado. Este entretenimiento, que obtiene un éxito extraordinario, ha sido ideado por M. Meliés, director del establecimiento fundado hace años por el célebre prestidigitador cuyo nombre, todavía popular, lleva. Este espectáculo no deja de ser instructivo, pues demuestra cuán fácilmente pueden ser simulados los fenómenos más sorprendentes del estado patológico.



Fig. 1. Rigidez cataléptica

A este objeto se fingen cada noche una porción de experimentos.

M. Harmington, discípulo convencido de Mesmer, solicita un sujeto; un joven artista, llamado M. Marius, se ofrece al operador, quien le hace ejecutar toda suerte de extravagancias, acompañadas de un fuego graneado de gestos que el estado de sueño fingido hace más extraños. En el momento en que M. Marius termina sus más extraordinarios ejercicios, un gendarme invade bruscamente la escena para hacer cumplir las disposiciones recientemente decretadas relativas al hipnotismo; pero subyugado á su vez por M. Harmington, cae al suelo vencido por las vibraciones de que es centro el encéfalo de ese terrible magnetizador, y cuando cae el telón el representante de la autoridad lucha en vano contra la catalepsia que le invade

Todos los fenómenos de sueño provocado son simulados con mucha naturalidad por M. Julio David, que representa el papel de Marius en esa entretenida pieza.

En un momento dado y después de algunos pases hábilmente simulados por el magnetizador, M David se vuelve de repente rígido como un pedazo de madera y se deja caer al suelo girando sobre sus talones (fig. 2): si M. Harmington no se apresurara á ir en su ayuda, se estrellaría indudablemente el cráneo contra las tablas del escenario; pero el magnetizador se encuentra precisamente detrás de su sujeto para recibirle oportunamente en sus brazos. Entonces lo levanta y coloca entre dos sillas convenientemente separadas, ni más ni menos que colocaría una tabla, haciendo descansar en el asiento de la una el occipucio y en el de la otra los talones del durmiente. David permanece en una inmovilidad completa; ni uno de sus músculos se contrae, ningún movimiento descubre en él la persistencia de la vida. La simulación es completa.

Para que la admiración del público llegue á su colmo, M. Harmington se sienta triunfalmente sobre el vientre de M. David y levanta lentamente los pies, que tiene suspendidos para demostrar que el paciente solo le sostiene sin necesidad de otro punto de apoyo que las dos sillas (fig 1).

Generalmente no faltan algunas personas bastante cándidas para creer que M. David está realmente dormido con un sueño cataléptico, uno de cuyos caracteres es la rigidez cadavérica.

M. David lleva el cuello completamente desnudo, con lo que no es posible suponer que el simulador de la catalepsia lleve un corsé de hierro oculto debajo de sus vestidos: lo único que ha hecho ha sido ejecutar un acto de vigor y de habilidad facilitado por el ejercicio á que ha sometido á los músculos que ocupan los canales de su columna vertebral. Esta parte del sistema muscular está muy desarrollada aun en las personas más débiles: en efecto, para que el hombre pueda conservar la posición vertical y ejecutar una multitud infinita de movimientos en los cuales se compromete la estabilidad, la naturaleza ha debido darle un número considerable de órganos diferentes. Los músculos de la espalda están dispuestos en varias capas superpuestas; la columna vertebral ha sido doblemente encorvada para que posea más solidez, y finalmente, de cada vértebra salen nervios raquidianos que regulan, según las necesidades del equilibrio, la contracción de cada haz muscular Este juego es tan sencillo que muchos jóvenes afiliados á la Liga de educación física imitáronlo en seguida y con sólo haberlo visto una vez á M. David.

A los que quieran ejecutarlo, les diremos que M. David tiene cuidado de encorvar su cuerpo en forma de arco de puente de modo que la convexidad mire al techo. Y como M. Harmington se coloca siempre en el centro de la línea que va de los talones al occipucio de aquél, su peso se encuentra dividido en dos, es decir, que sobre cada punto de apoyo gravitan 40 kilogramos, de lo que resulta que el esfuerzo necesario es mucho menor que el del cargador que lleva sobre sus espaldas un saco de trigo, ó el del atleta que sostiene una pirámide humana. La fuerza de contracción de la fibra muscular puesta en juego por este experimento es mucho mayor de lo que generalmente se cree: M. Milne-Edwards cita en su curso de fisiología varios hechos que prueban que puede pasar de 40 kilogramos por centímetro cuadrado de sección.

Al experimento de la rigidez cadavérica sigue el de la insensilidad: M. David, sin pestañear, se deja hundir un puñal en el brazo previamente insensibilitado por M. Harmington (fig. 4). Este juego de manos se ejecuta por medio de una hoja dividida en dos partes reunidas por un arco de círculo, procedimiento muy conocido de los prestidigitadores. Pero también puede ejecutarse á lo vivo.



Fig. 2. Rigidez cataléptica

En efecto, reemplazando el puñal por una de esas agujas de oro que emplean los médicos para la acupuntura, podría prescindirse de la prestidigitación. En esas condiciones puede atravesarse el brazo de un individuo: el dolor que se siente es tolerable, pues consiste en la sensación de un pinchazo al traspasar la piel, puesto que la carne muscular es por sí misma insensible. Tomando las debidas precauciones antisépticas, la aguja puede impunemente atravesar las venas y las arterias, con tal que no se la deje permanecer el tiempo suficiente para que se forme un coágulo de sangre (fig 3).

Debemos añadir, sin embargo, que es preciso hacer ejecutar el experimento por una persona versada en tales operaciones, si se quiere comprobar un hecho fisiológico sumamente curioso y conocido desde la más remota antigüedad, que utiliza hace millares de años la medicina china para abrir un camino á los malos espíritus generadores de las enfermedades Desde hace algunos años la medicina europea se vale también de él, aunque con un fin más serio, cual es el de aportar al interior del organismo corrientes eléctricas, para lo cual el perímetro de la aguja se aisla por medio de una vaina de caucho, distribuyéndose la electricidad por la punta de aquélla

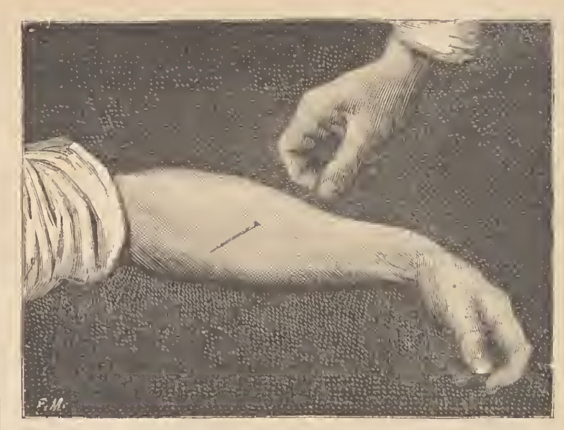


Fig. 3 Un brazo atravesado por una aguja metálica
Experimento de los aissaúas

Estas operaciones me las he hecho aplicar varias veces en mí mismo, lo cual me permite afirmar del modo más absoluto la verdad de los hechos que relato y que utilizan en Africa los aissaúas, quienes se atraviesan, no sólo el brazo sino también los muslos, las mejillas, la nariz y la lengua con el propósito de explotar la credulidad de los árabes en provecho del Mahdí.

W. de Fonvielle

***

LOS PELIGROS DE LA ELECTRICIDAD

La ciudad de Nancy cuenta desde hace muchos años con una distribución de energía eléctrica por corrientes alternativas sistema Ferranti. Sabido es que este sistema, que permite efectuar la distribución á distancias muy considerables, puede ofrecer graves peligros si no se han tomado todas las precauciones relativas al aislamiento de los aparatos y sobre todo de la canalización. Prueba de ello es el accidente ocurrido hace dos años en dicha ciudad á un obrero afecto á los trabajos de las instalaciones interiores que en el hotel Dombasle fué muerto instantáneamente por la corriente eléctrica.

Recientemente ha ocurrido allí una nueva desgracia: el día 23 de noviembre de 1896, á las dos de la tarde, M. Gomien, cuartel-maestre del regimiento de dragones acuartelado de Nancy, regresaba de dar un paseo á caballo, acompañado de un soldado, ordenanza de su padre, montado también y llevando otro caballo de la brida.

M. Gomien bajaba por la calle del arrabal Saint-Jean, cuando al llegar á la puerta de Stanislas el caballo que llevaba de la mano el ordenanza hizo al pasar sobre la plancha de canalización un brusco movimiento y cayó en tierra muerto: el del ordenanza, que sólo había puesto un pie encima de la plancha, dió simplemente un bote, desmontando á su jinete. Tal es la escena que reproduce nuestro grabado.



Fig. 4. El brazo perforado

El accidente, como se ve, es grave, y por lo mismo conviene examinar las causas que hayan podido determinarlo, tanto más, cuanto que las aplicaciones de distribución eléctrica por este sistema se van generalizando.

La distribución de energía eléctrica por corrientes alternativas permite el empleo de grandes diferencias de potencial, de altas tensiones que son en extremo peligrosas La canalización en este sistema es difícil, pues no sólo es preciso disponer de cables de un aislamiento perfecto, sino que también ha de procederse con cuidado sumo en las ramificaciones y derivaciones. En algunos casos, además, para evitar inducciones funestas sobre las líneas telefónicas y telegráficas, se impone el empleo de cables concéntricos, es decir, con dos conductores, uno central y otro periférico separado por aisladores. El cable de Nancy es precisamente de este último sistema: ha sido en parte fabricado hace algunos años y contiene yute para separar los dos circuitos. Este aislador, aunque posee algunas buenas condiciones, deja, sin embargo, mucho que desear, razón por la cual hubo de apelarse después á los cables aislados por medio del caucho; pero de todos modos, una parte del antiguo cable subsiste, constituyendo una mala canalización. Tenemos, pues, una línea en mal estado de aislamiento, y este hecho no es una simple suposición, sino que ha sido comprobado por muchos electricistas á quienes se llamó para ejecutar algunos trabajos en la red.

Hay que notar, además, que el cable está colocado directamente sobre la tierra, debajo de las calles, en lo que, al parecer, no cabe mejor comunicación

entre la tierra y la armadura exterior del cable.

Pasemos ahora á estudiar las tomas de los ramales y de las derivaciones sobre los cables principales. Se trata en aquéllos de unir á éstos otros dos cables destinados al servicio de los abonados, y este caso se presenta frecuentemente en los ángulos de las calles. Para esa instalación se comienza por desnudar los cables, es decir, por quitarles todos sus aisladores, y luego se sueldan en ellos los otros cables, sea por medio de ajustes ó por medio de pinzas especiales.

Luego se encierra todo en una caja de hierro fundido, llamada *caja de unión*, en la que se pone brea. Esta caja de unión comunica con el piso de la calle por una trapa que puede abrirse fácilmente.

Explicado esto, claramente se comprende el accidente antes referido. Por una razón ú otra, uno de los cables ha estado en contacto con el metal de la caja, y ésta, aunque parecía en comunicación directa con la tierra, ha alcanzado un gran potencial; de modo que el caballo, al pasar por encima de la plancha, recibió los 2.400 volts y cayó como herido por el rayo. También puede admitirse que el metal del atabe, en mala comunicación con la tierra, se puso en contacto con la armadura exterior del cable y que la trapa se cargó como un condensador; en este caso el caballo debió recibir una descarga electrostática. Esta última explicación es también muy plausible. Sabido es, por lo demás, que pueden obtenerse fuertes chispas entre la tierra y una armadura metálica que envuelva un cable atravesado por altos potenciales. Para evitar todo accidente de esta clase, basta colocar una buena capa de tierra sobre la armadura exterior.

El accidente que nos ocupa merece llamar la atención de los electricistas y de las autoridades.

Las corrientes alternativas de alta tensión poseen excelentes condiciones desde el punto de vista de la distribución de energía eléctrica, pero ofrecen al propio tiempo graves inconvenientes y grandes peligros. Su empleo tiende á generalizarse cada día más: en Francia hay varias estaciones centrales en Tours, Troyes, Nancy, etc., y en París existen dos, en el Palais Royal y en los Mercados centrales. Importa, pues, adoptar serias medidas para evitar la reproducción de hechos como los de Nancy. Hay en ello un interés, no sólo para la pública seguridad, sino también para el porvenir de las aplicaciones eléctricas.

J. LAFARGUE

(De *La Nature*)

LOS PELIGROS DE LA ELECTRICIDAD

Un caballo muerto por la electricidad delante de la puerta de Stanislas, en Nancy, el día 23 de noviembre de 1890

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN